

La anarquía es lo que los estados hacen de ella. La construcción social de la política de poder

Alexander Wendt*

Resumen: Todas las teorías de relaciones internacionales se basan en teorías sociales de relaciones entre agentes, procesos y estructuras sociales. Las teorías sociales no determinan el contenido de nuestra teoría internacional, pero estructuran las preguntas que nos hacemos sobre la política mundial y nuestros enfoques en las respuestas a esas cuestiones. El principal asunto que se cuestiona en los debates sobre teoría social es el tipo de fundamento que puede ofrecer el conjunto de preguntas y las estrategias de investigación más provechosas para poder explicar los cambios revolucionarios que parecen estar ocurriendo en el sistema internacional desde finales del siglo XX.

Palabras clave: anarquía, poder, política, liberalismo, realismo

Abstract: All international relations theories are based on social theories about agents, processes and social structures. Social theories do not determine the content of our international theory but they structure our questions about global politics and our answers approaches to those questions. The main topic in the social theory debates is what kind of fundament can offer the set of questions and which are the most profitable research strategies in order to be able to explain the revolutionary changes that seems to be going on since the end of the XXth century.

Keywords: anarchy, power, politics, liberalism, realism

El debate entre realistas y liberales resurge como eje de discusión dentro de la teoría de relaciones internacionales. Antes este debate giraba en torno a teorías rivales sobre la naturaleza humana, ahora se centra en discernir hasta qué punto la acción del estado está influenciada por la "estructura" (la anarquía y la distribución del poder) o por el "proceso" (interacción y aprendizaje) y las instituciones. La ausencia de una autoridad política centralizada, ¿obliga a los estados a desempeñar una política de poder en competición? ¿Pueden los regímenes internacionales superar esta lógica? Y, ¿en qué condiciones? ¿Qué es dado e inmutable en la anarquía? Y, ¿qué parte de ella puede cambiarse?

El debate entre "neorrealistas" y "neoliberales" se ha basado en el compromiso compartido con las premisas del "racionalismo". Al igual que el resto de las teorías sociales, la teoría de *la elección racional (rational choice)* nos conduce a plantearnos una serie determinada de preguntas y no otras, tratando las identidades y los intereses de los agentes como datos exógenamente y concentrándose en la forma en la que el comportamiento de estos agentes genera beneficios. Así, el racionalismo ofrece una concepción fundamentalmente conductista tanto de los procesos como de las instituciones: cambian los comportamientos, pero no las identidades ni los intereses. Aparte de esta manera de estructurar los problemas de investigación, los neorrealistas y los liberales también suelen compartir afirmaciones similares sobre los agentes: los estados son los actores dominantes en el sistema, y definen la seguridad en términos de "interés propio". Puede que los neorrealistas y los liberales diverjan a la hora de señalar hasta qué punto los estados están motivados por ganancias absolutas o relativas, pero ambos grupos consideran el egoísmo del estado como el punto de partida de su teoría.

Este punto de arranque tiene un sentido revelador para los neorrealistas ya que creen que las anarquías son necesariamente sistemas de "autoayuda", sistemas en los que tanto la autoridad central como la seguridad colectiva brillan por su ausencia. El corolario de la autoayuda en la anarquía tiene muchas implicaciones para el neorrealismo, ya que genera la dinámica substancialmente competitiva del dilema de seguridad y del problema de la acción colectiva. La autoayuda no se contempla como una "institución" y como tal tiene un papel explicativo crucial frente al proceso, estableciendo los términos de la interacción sin ser afectada por ésta. Los estados que no logren ajustarse a la lógica de la autoayuda serán expulsados del sistema, por eso sólo el aprendizaje básico o la adaptación conductista es posible, y no hay lugar para un aprendizaje complejo que implica una redefinición de identidades o de intereses. Por lo

tanto, las preguntas sobre la formación de intereses y de identidades no son relevantes para los estudiosos de relaciones internacionales. Esta problemática racionalista, que reduce los procesos a dinámicas de interacción conductista entre actores constituidos exógenamente, define el objetivo de la teoría sistémica.

Al adoptar este razonamiento, los liberales reconocen a los neorrealistas la existencia de las fuerzas causales de la estructura anárquica, aunque también añadan el argumento, retóricamente poderoso, de que los procesos pueden generar un comportamiento cooperativo, incluso en un sistema de autoayuda dado exógenamente. Algunos liberales llegan a creer que, en realidad, la anarquía es constitutiva de estados con identidades egoístas externas a la práctica. Estos liberales “débiles” admiten las fuerzas causales de la anarquía tanto retórica como sustantivamente y aceptan la concepción del racionalismo, conductista y limitada, sobre las fuerzas causales de las instituciones. Son más realistas que liberales (podríamos llamarles “realistas débiles”), ya que sólo traspasarán los “límites” del realismo si las instituciones internacionales consiguiesen transformar los poderes y los intereses.

Sin embargo algunos liberales quieren más. Cuando Joseph Nye habla de “aprendizaje complejo”, o Robert Jervis de “concepciones cambiantes del yo y del interés”, o Robert Keohane de concepciones “sociológicas” del interés, cada uno está destacando el importante papel de las transformaciones de las identidades y de los intereses en los programas de investigación liberales y, por extensión, a una concepción potencialmente mucho más sólida de los procesos y de las instituciones en la política mundial. La línea “dura” liberal debería preocuparse de no privilegiar dicotómicamente la estructura sobre el proceso, ya que las transformaciones de identidad y de interés mediante procesos son transformaciones de la estructura. El racionalismo tiene poco que ofrecer con tal argumento, lo que en parte explica que en un influyente artículo Friedrich Kratochwil y John Ruggie afirmasen que su ontología individualista contradecía la epistemología intersubjetivista necesaria para que la teoría de los regímenes cumpliera con todas sus promesas. Los regímenes no pueden cambiar las identidades ni los intereses si éstos últimos se consideran como dados. A causa de este legado racionalista, y a pesar del creciente número y variedad de estudios sobre el aprendizaje complejo en política exterior, los neoliberales carecen de una teoría sistemática sobre la forma en que tales cambios suceden y por ello deben privilegiar perspectivas realistas sobre la estructura mientras que avanzan en la elaboración de sus propias ideas sobre el proceso.

La ironía es que sí que existen teorías sociales que buscan explicar las identidades y los intereses. Keohane las ha llamado “reflectivistas”; como yo quiero subrayar su énfasis en la construcción social de la subjetividad y minimizar su problema de imagen, siguiendo a Nicholas Onuf, les llamare “constructivistas”. A pesar de las marcadas diferencias entre ellos, los cognitivistas, los posestructuralistas, los feministas posmodernos, los teóricos centrados en el punto de vistas y los centrados en las normas, y los estructuracionistas comparten la preocupación por este tema “sociológico” básico dejado de lado por los racionalistas; es decir, el tema de la formación de identidades y de intereses. Sin embargo, la contribución potencial del constructivismo al liberalismo duro ha sido eclipsada por los recientes debates epistemológicos entre modernistas y posmodernistas, en los que la Ciencia castiga a los Disidentes por no definir un programa de investigación convencional, y los Disidentes celebran su liberación de la Ciencia. Hay temas reales que dan vida a este debate, que también crea divisiones entre los constructivistas. Sin embargo, con respecto a la sustancia de las relaciones internacionales, tanto los constructivistas modernos como los posmodernos están interesados en la forma en que las prácticas cognoscibles constituyen sujetos, un interés que no se aleja demasiado del que tienen los liberales duros en saber cómo las instituciones transforman los intereses. Ambos comparten un concepto cognitivo e intersubjetivo del proceso en el que las identidades y los intereses son endógenos a la interacción, en lugar de ser exógenos tal y como apunta el concepto racionalista-conductivo.

Mi objetivo con este artículo es construir un puente entre estas dos tradiciones (y, por extensión, entre los debates realista-liberal y racionalista-reflectivista) desarrollando un argumento constructivista, extraído de la sociología interactivista estructuracionista y simbólica, en nombre de la reivindicación liberal sobre cómo las instituciones internacionales pueden transformar las identidades y los intereses estatales. En contraste con el pensamiento teórico “económico” dominante en la corriente principal de los estudios en relaciones internacionales, esto implica una forma “sociológica social-psicológica” de teoría sistémica en la que las identidades y los intereses son una variable dependiente. Si el “liberalismo comunitario” es liberalismo de verdad no es relevante para este análisis. Lo que me interesa es que el constructivismo puede contribuir significativamente al interés de los liberales duros en la formación de la identidad y de los intereses y, quizás, de ese modo enriquecerse con las perspectivas liberales sobre aprendizaje y cognición que el constructivismo ha ignorado.

Mi estrategia para construir este puente consistirá en discutir la afirmación neoliberal de que la autoayuda viene dada por la estructura anárquica de forma exógena al proceso. Los constructivistas no han hecho un buen trabajo al tomarse en serio las fuerzas causales de la anarquía. No resulta acertado ya que en la visión realista, la anarquía justifica el desinterés en la transformación institucional de las identidades y de los intereses, y así construye teorías sistémicas en términos exclusivamente racionalistas; hay que desafiar sus supuestas fuerzas causales si no se quiere subordinar el proceso y las instituciones a la estructura. Yo defiendo que la autoayuda y la política de potencias no se derivan ni lógicamente ni causalmente de la anarquía y que si, aún hoy, nos encontramos en un mundo de autoayuda, es debido al proceso, no a la estructura. No hay una "lógica" de la anarquía aparte de las prácticas que crean y que representan una estructura de identidades e intereses concreta en lugar de representar otra; la estructura no tiene ni existencia ni fuerza causal separada del proceso. La autoayuda y la política de poder son instituciones, no características esenciales de la anarquía. *La anarquía es lo que los estados hacen de ella.*

En las siguientes secciones de este artículo examino críticamente las afirmaciones y las reivindicaciones del neorrealismo, desarrollo un argumento positivo sobre cómo la autoayuda y la política del poder están construidas socialmente dentro de la anarquía, y luego estudio tres formas en las que las identidades y los intereses se transforman dentro de la anarquía: mediante la institución de la soberanía; mediante una evolución de la cooperación, y mediante los esfuerzos internacionales para transformar las identidades egoístas en identidades colectivas.

1. Anarquía y política de poder

Los realistas clásicos como Thomas Hobbes, Reinhold Niebuhr, y Hans Morgenthau atribuyen principalmente el egoísmo y la política de poder a la naturaleza humana, mientras que los realistas estructurales o neorrealistas enfatizan la anarquía. La diferencia radica, en parte, en las distintas interpretaciones de las fuerzas causales de la anarquía. El trabajo de Kenneth Waltz es importante para ambos. En *Man, the State, and War*, define la anarquía como una condición de la posibilidad de guerra o causa "facultativa" de la misma, argumentando que "las guerras suceden porque no hay nada que las prevenga". No obstante, es la naturaleza humana o la política interior de los estados predadores la que proporciona el impulso inicial o la causa "eficaz" del conflicto que obliga a otros estados a responder del mismo modo. Waltz no es del todo consistente en este punto ya que pasa sin justificación de la tesis facultativa causal de

que en anarquía la guerra es siempre posible a la tesis activa causal de que “la guerra puede suceder en cualquier momento”. Pero a pesar de la apelación final de Waltz a la teoría de la tercera imagen, las causas eficientes que inician los sistemas anárquicos provienen de la primera y la segunda imagen. Sin embargo, Waltz mismo, en su libro *Teoría de la Política Internacional*, da la vuelta a este argumento y, así, las teorías de la primera y la segunda imagen son desechadas por “reduccionistas”, mientras que la lógica de la anarquía parece establecer por sí misma la política de poder y de autoayuda como características de la política mundial.

Ésta no es una elección muy acertada, ya que sea cual que sea el valor que uno dé a las teorías de la primera y la segunda imagen, tienen la virtud de implicar que las prácticas determinan el carácter de la anarquía. En la visión facultativa, sólo si factores humanos o internos provocan que A ataque a B, B tendrá que defenderse. Las anarquías pueden contener dinámicas que conduzcan a una política de poder competitiva, pero pueden no contenerlas, y podemos discutirlo cuando emerjan estructuras particulares de identidad e intereses. Sin embargo, para el neorrealismo, el papel de las prácticas a la hora de modelar el carácter de la anarquía es sustancialmente reducido; así, hay menos sobre lo que discutir: la autoayuda y la política de poder competitiva vienen dadas exógenamente por la estructura del sistema estatal.

No voy a refutar aquí la descripción neorrealista del sistema estatal contemporáneo como un mundo competitivo y de autoayuda; sólo voy a discutir su explicación. Desarrollo mi argumento en tres etapas. Primero, aclaro los conceptos de autoayuda y anarquía mostrando que las concepciones egoístas de seguridad no son una propiedad constitutiva de la anarquía. En segundo lugar, muestro cómo la autoayuda y la política de poder competitiva pueden ser producidas causalmente mediante procesos de interacción entre estados en los que la anarquía solamente tiene un papel facultativo. En ambas etapas de mi razonamiento dejo, conscientemente, entre paréntesis los determinantes de la identidad del estado de la primera y segunda imagen, no porque sean irrelevantes (son verdaderamente importantes) sino porque, mi objetivo, al igual que el de Waltz, es clarificar la “lógica” de la anarquía. En tercer lugar, reconsidero los determinantes de la segunda y la primera imagen para evaluar sus efectos en la formación de la identidad en los diferentes tipos de anarquía.

1.1. Anarquía, autoayuda y conocimiento intersubjetivo

Waltz define la estructura política según tres dimensiones: los principios constitutivos (en este caso, la anarquía), los principios de diferenciación (que aquí se abandonan), y la distribución de capacidades. Esta definición aislada no predice mucho acerca del comportamiento del estado. No predice si dos estados serán amigos o enemigos, ni si reconocerán la soberanía del otro, ni tampoco si tendrán lazos dinásticos o si serán revisionistas, o bien potencias de acuerdo con el *status quo*, ni muchas otras cosas. Estos factores, que son fundamentalmente intersubjetivos, afectan a los intereses de seguridad de los estados, y por ello al carácter de su interacción en condiciones de anarquía. En una conocida revisión de la teoría de Waltz, Stephen Walt sugiere todo eso cuando afirma que es “el equilibrio de amenazas” más que el equilibrio de potencias, el que determina la acción del estado, siendo las amenazas socialmente construidas. Dicho de un modo más general, sin las suposiciones sobre la estructura de las identidades y los intereses en el sistema, la definición de estructura de Waltz no puede predecir ni el contenido ni la dinámica de la anarquía. La autoayuda es una de estas estructuras intersubjetivas, y como tal, tiene un papel explicativo decisivo para la teoría. La cuestión es si la autoayuda es una característica lógica o contingente de la anarquía. En esta sección, desarrollo un concepto de “estructura de identidad e intereses”, y muestro que ninguna estructura en particular, se deriva lógicamente de la anarquía.

Un principio fundamental de la teoría social constructivista es que la gente se relaciona con los objetos, incluyendo otros actores, según el significado que estos objetos tienen para ellos. Los estados actúan de una forma con sus enemigos y de otra diferente con sus amigos porque los enemigos suponen una amenaza y los amigos no. La anarquía y la distribución del poder son insuficientes para decirnos cuál es cuál. La potencia militar de Estados Unidos tiene un significado diferente para Cuba que para Canadá, a pesar de que su posición “estructural” sea similar, de la misma forma que los misiles británicos tienen un significado diferente para Estados Unidos que el que tienen los misiles soviéticos. La distribución del poder puede que afecte siempre a los cálculos de los estados, pero la manera en la que lo hace depende de las interpretaciones y de las expectativas intersubjetivas, y depende también de la “distribución del conocimiento” que da forma a sus concepciones de sí mismo y del otro. Si la sociedad “olvida” lo que es la universidad, el poder y las prácticas de los profesores y de los alumnos dejan de existir; si Estados Unidos y la Unión Soviética deciden que ya no son enemigos, “la guerra fría se termina”. Son los significados colectivos los que conforman las estructuras que organizan nuestras acciones.

Los actores adquieren identidad —expectativas e interpretaciones del yo relativamente estables y acordes con su papel— mediante su participación en estos significados colectivos. Las identidades son inherentemente relacionales; en palabras de Peter Berger, “la identidad, con sus ataduras apropiadas pertenecientes a la realidad psicológica, siempre es identidad dentro de un mundo específico y construido socialmente”. Cada persona tiene muchas identidades, conectadas a sus diferentes papeles institucionales como hermano, como hijo, como profesor y como ciudadano. De forma similar, un estado tiene múltiples identidades como “soberano”, como “líder del mundo libre”, o como “potencia imperial”, entre otras. El grado de compromiso con cada una de las identidades particulares y la relevancia de cada una de ellas varía, pero cada identidad es una definición inherentemente social del actor basada en las teorías que los actores mantienen colectivamente sobre ellos mismos, y cada uno sobre los demás que constituyen la estructura del mundo social.

Las identidades son las bases de los intereses. Los actores no tienen una “agenda” de intereses que transportan consigo independientemente del contexto social en el que estén; lo que ocurre es que los actores definen sus intereses dentro del mismo proceso en el que se definen las situaciones. Como señala Nelson Foote: “La motivación...se refiere al grado en el que un ser humano, como participante en el proceso social en el que se encuentra necesariamente inmerso, define una situación problemática en la que se requiere su actuación, y anticipa, mejor o peor, los objetivos y consecuencias, y según esto su organismo libera la energía necesaria para llevarla a cabo”. A veces las situaciones no tienen precedente en nuestra experiencia, y en estos casos tenemos que construir su significado, y nuestros intereses, bien por analogía o bien inventándolos desde el principio. Lo más normal es que tengan características habituales en las que nos apoyamos para asignar un significado basado en los roles definidos institucionalmente. Cuando decimos que los profesores tienen “interés” en la enseñanza, en la investigación o en un periodo sabático, estamos diciendo que para funcionar con la identidad de “profesor” tienen que definir ciertas situaciones cuando se les demandan determinadas actuaciones. Esto no significa que tengan que hacerlo necesariamente (las expectativas y las habilidades no aseguran un resultado), pero si no lo hacen perderán sus contratos. La ausencia o la equivocación con los papeles dificulta la definición de situaciones y de intereses, y el resultado puede ser una confusión identitaria. Esto es lo que parece estar ocurriendo hoy entre Estados Unidos y la antigua Unión Soviética: sin las atribuciones de amenaza y hostilidad mutua de la guerra fría

para respaldar la definición de sus identidades, estos estados parecen no estar seguros de cuáles deberían ser sus "intereses".

Una institución es una estructura o un conjunto de identidades e intereses relativamente estable. Normalmente estas estructuras están codificadas en reglamentos y normas oficiales, pero éstas solamente tienen valor en virtud de la socialización de los actores y de su participación del conocimiento colectivo. Las instituciones son fundamentalmente entidades cognitivas que no existen independientes de las ideas de los actores sobre el funcionamiento del mundo. Esto no significa que las instituciones no sean reales u objetivas, que no sean más que "meras creencias". Como parte del conocimiento colectivo, se perciben como poseedoras de una existencia "separada y por encima de los individuos que las personifican en ese momento." De este modo, las instituciones llegan a oponerse a los individuos como hechos sociales más o menos coercitivos, aunque continúan estando en función de lo que los actores "conocen" colectivamente. Las identidades y las cogniciones colectivas no existen separadas las unas de las otras; son "mutuamente constitutivas." Según esta perspectiva, la institucionalización es un proceso consistente en interiorizar nuevas identidades e intereses, no algo que ocurre en el exterior y que afecta sólo al comportamiento; la socialización es un proceso cognitivo, no simplemente conductual. Al concebirlas de esta manera, las instituciones pueden ser cooperativas o conflictivas, un aspecto que a veces se pierde de vista en la literatura sobre regímenes internacionales, que tiende a igualar instituciones con cooperación. De hecho, existen importantes diferencias entre instituciones cooperativas y conflictivas, pero todas las relaciones relativamente estables entre uno mismo y el otro - incluso entre "enemigos" - se definen intersubjetivamente.

La autoayuda es una institución, una de las muchas estructuras de identidad e intereses que pueden existir en condiciones de anarquía. Los procesos de formación de la identidad en condiciones de anarquía afectan primero y principalmente a la preservación de la "seguridad" del yo. Por lo tanto, los conceptos de seguridad difieren en función de cómo el yo se identifique cognitivamente con el otro, y hasta qué punto esta identificación tenga lugar, y, quiero sugerir, que el significado de anarquía y de la distribución del poder depende de esta variación cognitiva. Para ilustrar este punto propongo situar los sistemas de seguridad en un continuo estándar .

En un extremo tenemos los sistemas de seguridad "competitivos", en los que los estados se identifican entre ellos como negativos para la seguridad y la ganancia de *ego* es vista como la pérdida del *alter*. La identificación negativa en condiciones de anarquía

conforma sistemas de política de poder "realistas": actores que temen el riesgo, deducen intenciones a partir de capacidades y se preocupan por las ganancias y las pérdidas relativas. En el límite - en la guerra hobbesiana de todos contra todos- la acción colectiva es prácticamente imposible dentro de este sistema porque cada actor teme constantemente que otro le apuñale por la espalda.

En el punto medio de este continuo está el sistema de seguridad "individualista", en el que los estados son indiferentes a las relaciones entre su seguridad y la de los otros. Esto conforma sistemas neoliberales: los estados aún son egoístas en los temas concernientes a su seguridad, pero se centran en las ganancias absolutas en lugar de en las relativas. La posición propia dentro de la distribución de poder es menos importante, y la acción colectiva tiene más posibilidades de producirse (aunque todavía sujeta a fluctuaciones porque los estados continúan siendo 'egoístas').

Tanto el sistema competitivo como el sistema individualista son formas de autoayuda dentro de la anarquía en el sentido en que los estados no identifican positivamente la seguridad propia con la de los demás, sino que consideran la seguridad como la responsabilidad individual de cada uno. Dada la carencia de una identificación cognitiva positiva sobre la que fundar regímenes de seguridad, la política de poder dentro del sistema consistirá, necesariamente, en los esfuerzos por manipular a los otros para satisfacer los intereses propios.

Esto contrasta con el sistema de seguridad "cooperativo", en el que los estados se identifican positivamente entre ellos y así la seguridad es percibida como una responsabilidad de todos. Esto no es autoayuda en un sentido interesado, ya que el yo en función del cual se definen los intereses es la comunidad; los intereses nacionales son los intereses internacionales. Naturalmente, en la práctica, el grado en el que los estados se identifican con la comunidad varía, desde la forma restringida de los "conciertos" hasta la forma más completa de los acuerdos de "seguridad colectiva". Dependiendo de lo desarrollado que esté el yo colectivo, se llevarán a cabo prácticas de seguridad que serán en diferentes grados altruistas o prosociales. Esto implica que la acción colectiva dependerá menos de la presencia de amenazas activas y será menos proclive al surgimiento de gorriones (*free riders*). Además, se reestructurarán los esfuerzos para hacer avanzar los objetivos propios o la "política de poder", según normas compartidas, y no según el nivel de poder relativo.

Según esta perspectiva, la frecuente consideración, por parte de los académicos de relaciones internacionales, de las potencias y las instituciones como dos explicaciones contrarias de la política exterior sería errónea, ya que la anarquía y la distribución del poder sólo adquieren significado para la acción estatal en virtud de los acuerdos y las expectativas que constituyen las identidades y los intereses institucionales. La autoayuda es una de estas instituciones, que moldea un tipo de anarquía, pero no el único tipo posible. Por eso la definición de Waltz que plantea una estructura con tres dimensiones, resulta poco específica. Para pasar de la estructura a la acción, necesitamos añadir una cuarta dimensión: la estructura de identidades e intereses construida de forma intersubjetiva dentro del sistema.

Esto tiene una implicación importante para el modo en el que se conciben los estados dentro del estado de naturaleza antes de su primer encuentro entre ellos. Como los estados no tienen ideas formadas de sí mismos o del otro, ni intereses en materia de seguridad, previas o separadas de la interacción, si aceptamos la postura de Waltz, es excesivo suponer sobre el estado de naturaleza que, en virtud de la anarquía, "los sistemas políticos internacionales, al igual que los mercados económicos, están formados por la coacción de unidades egoístas. También resulta mucho suponer que, en virtud de la anarquía, los estados en el estado de naturaleza se enfrenten necesariamente a una "la caza del ciervo" ("*Stag hunt*") o a un "dilema de seguridad." Estas afirmaciones presuponen un historial de interacción en el que los actores han adquirido identidades e intereses "egoístas"; antes de la interacción (y todavía sin considerar los factores de la primera y segunda imagen) no tendrían ninguna experiencia en la que basar esas definiciones de uno mismo y del otro. Para considerarlo de otra forma habría que atribuir a los estados en el estado de naturaleza cualidades que sólo pueden poseer en sociedad. La autoayuda es una institución, no una característica esencial de la anarquía.

Entonces, ¿cuáles son las características esenciales del estado de naturaleza antes de la interacción? Si despojamos al yo de esas propiedades que presuponen interacción con los otros, sólo quedan dos cosas. La primera es el substrato material de la agencia, incluyendo sus capacidades intrínsecas. Para los seres humanos, es el cuerpo; para los estados, el aparato institucional de gobierno. En efecto, estoy sugiriendo, con propósitos retóricos, que la materia prima de la que están formados los miembros del sistema de estados es creada por la sociedad nacional antes de que los estados participen en el proceso constitutivo de la sociedad internacional, aunque este proceso no implica ni territorialidad estable ni soberanía, que son representaciones de la individualidad negociadas internacionalmente (como veremos más adelante). La segunda

es un deseo de conservar este substrato material, de sobrevivir. Sin embargo, esto no conlleva "egoísmo", ya que los actores no tienen un yo anterior a la interacción con otros; el modo en que ellos perciben el significado y los requisitos de esta supervivencia depende de los procesos según los cuales vaya evolucionando la concepción del yo.

Todo esto puede sonar hermético, pero hay un tema importante en juego: ¿son las identidades y los intereses de la política exterior de los estados exógenos o endógenos al sistema estatal? La primera es la respuesta de una teoría sistémica individualista o poco socializada para la que el racionalismo es la opción acertada; la segunda es la respuesta de una teoría sistémica completamente socializada. Waltz parece responder con la última y propone dos mecanismos, la competición y la socialización, por los que la estructura condiciona la acción estatal. No obstante, el contenido de su afirmación sobre este condicionamiento presupone un sistema de autoayuda que no es en sí mismo un elemento esencial de la anarquía. Como James Morrow señala, los dos mecanismos de Waltz condicionan el comportamiento, no la identidad ni los intereses. Esto explica cómo Waltz puede ser acusado a la vez por su "individualismo" y su "estructuralismo." Pertenece al primer grupo por su concepción sistémica de la identidad y el interés, y al segundo por su determinación sistémica del comportamiento.

1.2.La anarquía y la construcción social de la política de poder

Si la autoayuda no es una condición esencial de la anarquía, debería aflorar sólo causalmente a partir de procesos en los que la anarquía tiene sólo un papel facultativo. Esto refleja el segundo principio del constructivismo: el significado en torno al cual se organiza la acción surge de la interacción. Sin embargo, una vez dicho esto, la situación a la que se enfrentan los estados cuando se encuentran unos con otros por primera vez, puede ser una situación en la que sólo las concepciones egoístas de la identidad sobreviven. Y si es así, incluso si estas concepciones son construidas socialmente, los neorrealistas pueden tener razón al mantener las identidades y los intereses constantes y así privilegiar un significado concreto de la estructura anárquica por encima del proceso. En este caso, los racionalistas acertarían al defender una débil y conductista naturaleza de la diferencia que las instituciones suponen, y también los realistas estarían en lo cierto al afirmar que cualquier institución internacional que se cree será inherentemente inestable, ya que sin el poder para transformar las identidades y los intereses, éstos serían "continuos objetos de elección" formados por actores conformados exógenamente y limitados sólo por los costes de transacción del cambio

conductual. En otras palabras, incluso con un papel causal facultativo, la anarquía puede restringir decisivamente la interacción y, por lo tanto, reducir las formas viables de la teoría sistémica. Para tratar estos temas causales primero muestro cómo las ideas egoístas en materia de seguridad pueden desarrollarse, y luego examino las condiciones bajo las cuales una causa clave eficaz - la predación - puede inclinar a los estados en esta dirección en lugar de otras.

Los conceptos del yo y de los intereses tienden a "reflejar" las prácticas de terceros significativos a lo largo del tiempo. Este principio de la formación de la identidad está recogido en la simbólica noción interactiva del "*reflejo en el espejo*", que afirma que el yo es un reflejo de la socialización de un actor.

Consideremos el caso de dos actores - *ego* y *alter*- que se encuentran el uno al otro por primera vez. Cada uno quiere sobrevivir y tiene ciertas capacidades materiales, pero ninguno de los dos actores siente el imperativo biológico o interno que le incline hacia el poder, la gloria o la conquista (aun encerradas entre paréntesis), ni existe un historial de seguridad o inseguridad entre los dos. ¿Qué deberían hacer? Los realistas probablemente afirmarán que deberían actuar de acuerdo con las peores previsiones sobre las intenciones del otro, justificando esta actitud como prudencia ante la posibilidad de que un error conduzca a la muerte. Esta posibilidad siempre existe, incluso en la sociedad civil; sin embargo, la vida en sociedad sería imposible si la gente tomara sus decisiones basándose solamente en las posibilidades de que ocurra lo peor. Por el contrario, la mayoría de las decisiones se toman y deberían seguir tomándose teniendo en cuenta cuáles son las probabilidades y estas probabilidades se producen por interacción.

Primero tenemos el gesto de *ego* que puede consistir, por ejemplo, en un avance, una retirada, un levantamiento en armas, una retirada de las armas, o un ataque. Para *ego*, este gesto supone la base del tipo de respuesta que está preparado para dar a *alter*. Sin embargo, *alter* desconoce esta base y por ello debe realizar una deducción o "atribución" a las intenciones de *ego* y, en particular, dado que nos encontramos en una anarquía, sobre si *ego* supone o no una amenaza. El contenido de esta deducción dependerá sobre todo de dos consideraciones. La primera es el gesto y la capacidad física de *ego* que, en parte, están inventadas por *ego* y que incluyen la dirección del movimiento, las interferencias, las cifras y las consecuencias inmediatas del gesto. La segunda consideración tiene que ver con lo que *alter* interpreta como tales capacidades si él fuera a hacer el gesto. *Alter* puede cometer un error de atribución en

su deducción sobre la intención de *ego*, pero tampoco hay ninguna razón para asumir a priori - antes del gesto - que *ego* le está amenazando, ya que los costes y las probabilidades de error sólo pueden determinarse mediante un proceso de señalización e interpretación. Las amenazas sociales son construidas, no naturales.

Consideremos el siguiente ejemplo. ¿Supondríamos, a priori, que estamos a punto de ser atacados si miembros de una civilización alienígena nos contactaran? Creo que no. Nos pondríamos en alerta, naturalmente, pero tanto el despliegue de tropas como el ataque dependerán de la importancia de demos, en la interpretación, a este primer gesto para nuestra seguridad - aunque sólo sea para evitar convertir en un enemigo inmediato lo que puede ser un adversario peligroso. En otras palabras, la posibilidad de error no nos obliga a actuar basándonos en la suposición de que los alienígenas nos amenazan: la acción depende de las probabilidades que les asignemos y éstas, en parte, dependen de lo que los extraterrestres hagan; no tenemos bases sistémicas para atribuir probabilidades antes de que hagan el gesto. Si su primera acción es aparecer con miles de naves espaciales y destruir Nueva York, definiremos la situación como amenazante y responderemos según esto. Pero si se presentan sólo con una nave y parecen decir "venimos en son de paz", nos sentiremos más "tranquilos" y probablemente responderemos con un gesto que trate de tranquilizarlos a ellos, aunque puede que ellos no interpreten este gesto como tranquilizador.

Este proceso de señalización, interpretación y respuesta constituye un "acto social" y da comienzo al proceso de creación de significados intersubjetivos, que se produce siguiendo el mismo esquema. El primer acto social crea expectativas en ambas partes sobre el comportamiento del otro en el futuro; puede que equivocadas y sin duda provisionales, pero expectativas al fin y al cabo. Siguiendo este conocimiento provisional, *ego* realiza un nuevo gesto, de nuevo mostrando las pautas según las cuales responderá a *alter*, y, después, *alter* vuelve a responder, y así van ampliando la cantidad de conocimiento que cada uno tiene sobre el otro. Es un mecanismo de refuerzo; la interacción refuerza determinadas ideas sobre el otro y hace rechazar otras. Si el proceso se repite durante el tiempo suficiente, estas "tipificaciones recíprocas" crean conceptos relativamente estables del yo y del otro sobre el objetivo de la interacción.

En otras palabras, es mediante esta interacción recíproca como se crean y se representan las estructuras sociales relativamente duraderas con las que definimos nuestras identidades y nuestros intereses. Jeff Coulter resume así la dependencia ontológica de la estructura que se encuentra en este proceso: "los propios parámetros

de la organización social se reproducen sólo dentro de las orientaciones y de las prácticas de los miembros implicados en las interacciones sociales a lo largo del tiempo, y sólo mediante estas orientaciones y practicas... Las configuraciones sociales no son "objetivas" como las montañas o los bosques, pero tampoco son "subjetivas" como los sueños o los viajes de la fantasía especulativa. Son, tal y como la mayoría de los científicos sociales afirman a nivel teórico, construcciones intersubjetivas."

El modelo general simple de formación de identidad y de intereses propuesto en la figura 1 se aplica tanto a las instituciones competitivas como a las cooperativas. Los sistemas de seguridad de autoayuda evolucionan a partir de ciclos de interacción en los que cada parte actúa de forma que el otro siente su yo amenazado, creando la sensación de que no se debe confiar en el otro. Las identidades competitivas y egoístas encuentran su causa en esta inseguridad; si el otro es una amenaza, el yo se ve obligado a "reflejar" tal comportamiento en su concepto de relaciones con los otros. Cuando los otros nos tratan como objetos para su propia gratificación, no se produce la identificación necesaria para la seguridad colectiva; y a la inversa, el ser tratado por los otros de forma empática y positiva para la seguridad del yo permite esta identificación.

Los sistemas de interacción competitivos son propensos a los "dilemas" de seguridad, dilemas en los que los esfuerzos de los actores para fortalecer su seguridad de forma unilateral amenaza la seguridad de los otros, perpetuándose la desconfianza y la alienación. Sin embargo, las formas de identidad y los intereses que dan lugar a estos dilemas son efectos de la interacción en curso y no exteriores a ella; las identidades se producen dentro de una "actividad concreta" y mediante ella. No comenzamos nuestras relaciones con los extraterrestres con un dilema de seguridad; los dilemas de seguridad no vienen dados por la anarquía o por la naturaleza. Eso sí, una vez institucionalizado tal dilema puede ser muy difícil cambiarlo (retomo este tema más adelante), pero la cuestión es la misma: las identidades y los intereses se forman mediante significados colectivos que están continuamente en movimiento. Como Sheldon Stryker subraya, "el proceso social consiste en construir y reconstruir el yo y las relaciones sociales". Si los estados se encuentran en un sistema de autoayuda, es porque sus prácticas les llevan por este camino. El cambio de prácticas conducirá al cambio en el conocimiento intersubjetivo que conforma el sistema.

2. Los estados depredadores y la anarquía como causa facultativa

En la formación de la identidad, la teoría del espejo es un ejemplo primitivo de cómo podría funcionar el proceso de creación de identidades y de intereses, pero no nos explica por qué un sistema de estados – probablemente como el nuestro – habría terminado por tener identidades egoístas y no colectivas. En este apartado examino una causa eficaz, la predación que, junto a la anarquía como causa facultativa, puede generar un sistema de autoayuda. Sin embargo, al hacerlo, subrayo la importancia que tienen la estructura de identidades e intereses para modificar en el papel explicativo de la anarquía.

El argumento de la predación es directo y poderoso. Por diversas razones – biología, política interior o victimización sistémica – algunos estados pueden mostrar cierta predisposición a la agresión. El comportamiento agresivo de estos depredadores o “manzanas podridas” obliga a otros estados a seguir este juego de la política de poder competitiva, para combatir el fuego con más fuego, ya que un fracaso supondría la destrucción o la humillación. Un depredador superara a cien pacifistas porque la anarquía no proporciona garantías. Este argumento es poderoso en parte porque es realmente débil: en lugar de suponer que todos los estados persiguen el poder (una teoría puramente reduccionista de la política de poder), asume que sólo uno persigue el poder y que los demás tienen que seguirlo porque la anarquía permite que aquel estado les explote.

Al hacer esta afirmación, merece la pena reiterar que la posibilidad de la depredación no obliga por sí misma a los estados a anticiparse con su propia política de poder competitiva. La posibilidad de la depredación no significa que “la guerra pueda suceder en cualquier momento”; de hecho, puede ser muy poco probable. Sin embargo, una vez que se da la depredación, puede condicionar la identidad de la forma que se expone a continuación

En una anarquía en la que sólo intervienen dos elementos, si *ego* es depredador, *alter* tiene que definir su seguridad en términos de autoayuda o pagar el precio por no hacerlo. Esto se corresponde directamente con lo planteado en la afirmación anterior, según la cual la concepción del yo refleja el tratamiento de los otros. En una anarquía plural, por el contrario, el efecto de la depredación también depende del nivel de identidad colectiva que el sistema haya alcanzado. Si la depredación tiene lugar justo después del primer encuentro en el estado de naturaleza, obligará a aquellos con los que

el depredador entre en contacto a defenderse, primero individualmente y luego colectivamente *si* llegan a percibir una amenaza común. El surgimiento de esta alianza defensiva se verá coartado seriamente si la estructura de identidades e intereses ya ha evolucionado hacia un mundo hobbesiano de máxima inseguridad, pues los aliados potenciales desconfiarán unos de otros y se enfrentarán a problemas de acción colectiva; además, probablemente, estos aliados inseguros se pelearán entre ellos una vez que hayan eliminado al depredador. Pero si la identidad basada en la seguridad colectiva es elevada, la aparición de un depredador será mucho menos nociva. Si el depredador ataca a un miembro del colectivo, éste acudirá en defensa de la víctima siguiendo el principio de "todos para uno, uno para todos," incluso si el depredador todavía no es una amenaza para otros miembros del grupo. Si el depredador no es lo suficientemente fuerte como para resistir el ataque colectivo, será derrotado y se logrará la seguridad colectiva. Pero si resulta ser lo suficientemente fuerte, se activará la lógica del caso de los dos actores (ahora depredador y colectividad), y la política de equilibrio de potencias se restablecerá por sí misma.

El momento de la formación de la identidad de la comunidad en que se produce la depredación es crucial para valorar el papel explicativo de la anarquía como causa facultativa. La depredación siempre conducirá a las víctimas a defenderse, pero que esta defensa sea o no colectiva depende tanto de la historia de interacción entre los potenciales miembros del colectivo, como de las ambiciones del depredador. La desaparición de la amenaza soviética, ¿renovará viejas inseguridades entre los miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte? Quizás, aunque la respuesta será no, si tienen razones para identificar la seguridad mutua independientes de esa amenaza. Las identidades y los intereses son específicos de cada relación, no atributos intrínsecos de una "cartera"; los estados pueden ser competitivos en algunas relaciones y solidarios en otras. Es más probable que sean las anarquías "inmaduras", y no las "maduras", las que se vean reducidas a un estado hobbesiano a causa de un depredador, y esta madurez, que es un indicador de las estructuras de identidad e intereses, depende del proceso.

La fuente de depredación también influye. Si se deriva de causas en el nivel de unidad (*unit-level*) que son inmunes a los impactos sistémicos (causas como la naturaleza humana o la política interna tomadas por separado), entonces funciona de forma análoga a un "rasgo genético" en el mundo construido del sistema estatal. Incluso si triunfa, este rasgo no selecciona otros depredadores en un sentido evolucionista, sino que enseña a otros estados a responder de forma similar y, como los rasgos no pueden

olvidarse, los otros estados continuarán con su comportamiento competitivo hasta que el depredador sea destruido o transformado desde dentro. Sin embargo, es más probable que la depredación derive, al menos en parte, de una interacción sistémica anterior – quizás como resultado de una anterior experiencia como víctimas (se puede pensar como ejemplo en la Alemania nazi o en la Unión Soviética) – entonces responde más al patrón de una identidad aprendida y, como tal, susceptible de ser transformada por otra interacción social futura en forma de apaciguamiento, promesas de que las necesidades de seguridad se cumplirán, de efectos sistémicos en la política interior, etc. En otras palabras, en este caso, hay más esperanzas de que el proceso pueda transformar una manzana podrida en una sana.

El papel de la depredación a la hora de generar un sistema encaja con una visión sistemática del proceso. Incluso si la fuente de procedencia de la depredación es completamente exógena al sistema, es lo que los estados *hacen* lo que determina la calidad de sus interacciones en condiciones de anarquía. A este respecto, no es sorprendente que sean los realistas clásicos, y no los realistas estructurales, los que enfatizan este tipo de afirmación. El anterior énfasis sobre las causas en el nivel de unidad (*unit-level*) de la política de poder lleva más fácilmente a una visión facultativa del papel explicativo de la anarquía (y por tanto, a una visión de las relaciones internacionales basada en los procesos) que si se enfatiza la anarquía como “causa estructural”; los neorrealistas no necesitan la depredación porque el sistema se considera de autoayuda por naturaleza.

Esto suscita de nuevo la pregunta sobre la medida en la que la naturaleza humana y la política interior intervienen en la política mundial, y sobre qué papel tienen en ella. Cuanto mayor y más destructivo sea este papel, más significativa será la depredación, y menos sensible será la anarquía a la formación de identidades colectivas. Los realistas clásicos, naturalmente, supusieron que la naturaleza humana estaba poseída por un deseo inherente que les llevaba a perseguir la gloria y el poder. Mi argumento sugiere que ese tipo de afirmaciones se hicieron por una sola razón: un hombre hobbesiano que no cambia, proporciona la poderosa causa necesaria para un pesimismo implacable en cuestiones de política internacional que la estructura anárquica, o incluso esta estructura más la depredación intermitente, no pueden proporcionar. Se puede ser escéptico respecto de esta suposición esencialista, como yo lo soy, pero esto produce unos resultados determinados a costa de la teoría sistémica. Preocuparse por los procesos sistémicos por encima de la estructura sugiere que quizás sea el momento de volver a plantearse el debate sobre la importancia relativa de las

teorías de la primera, de la segunda y de la tercera imagen para la formación de la identidad estatal.

Si suponemos desde ahora que merece la pena seguir las teorías sistémicas sobre la formación de la identidad en política internacional, se me permitirá concluir sugiriendo que la alianza realista-racionalista "reifica" la autoayuda en el sentido en que la considera algo separado de las prácticas en las que se produce y por las que se mantiene. Peter Berger y Thomas Luckman definen la reificación así: "es la aprehensión de los resultados de la actividad humana *como si* fuesen algo más que productos humanos – como hechos de la naturaleza, resultados de leyes cósmicas o manifestaciones del deseo divino. La reificación implica que el hombre es capaz de olvidar su propia autoría en el mundo humano y además, que la dialéctica entre el hombre, el productor y sus productos, queda fuera del alcance de la conciencia. El mundo reificado es percibido por el hombre como una facticidad extraña, una *opus alienum* sobre la que no tiene ningún control, en lugar de como una *opus proprium* procedente de su propia actividad productiva". Al negar o al poner entre paréntesis la autoría colectiva de los estados sobre sus identidades e intereses, la alianza racionalista-realista niega o deja entre paréntesis el hecho de que la política de poder competitiva ayuda a crear el mismo "problema de orden" que se supone que va a resolver – así el realismo es una profecía autocumplida. Lejos de venir dado exógenamente, el conocimiento intersubjetivo que constituye identidades e intereses competitivos se construye cada día mediante procesos de "formación de la voluntad social". Es lo que los estados han hecho de ellos mismos.

3. Transformaciones institucionales de la política de poder

Supongamos que los procesos de formación de la identidad y de los intereses han creado un mundo en el que los estados no reconocen los derechos de territorio ni de existencia – una guerra de todos contra todos. En este mundo, la anarquía tiene un significado realista para la acción estatal: la inseguridad y la preocupación por el poder relativo. La anarquía adquiere este significado sólo en virtud de las prácticas colectivas que producen inseguridad, pero si esas prácticas son relativamente estables, constituyen un sistema que puede ser renuente a los cambios. El hecho de que la política de poder sea construida socialmente no garantiza que sea maleable, por dos razones como mínimo.

La primera razón es que una vez formado, cualquier sistema social aparece ante cada uno de sus miembros como un hecho social objetivo que premia ciertos

comportamientos y disuade de mantener otros. Por ejemplo, los sistemas de autoayuda tienden a recompensar la competición y castigan el altruismo. La posibilidad de cambio depende de si las exigencias de esa competición dejan espacio para acciones que se salen del guión recomendado. Si no dejan este espacio, el sistema se reproducirá pero los actores que se salgan de él no lo harán.

La segunda razón es que el cambio sistémico puede también ser impedido por actores interesados en mantener el papel relativamente estable de las identidades. Estos intereses tienen su razón de ser no sólo en el deseo de minimizar la incertidumbre y la ansiedad, manifiesto en los esfuerzos por confirmar las creencias existentes sobre el mundo social, sino también en el deseo de evitar los costes previstos en caso de ruptura de los compromisos contraídos con los otros – entre otros, en el caso de los estados son las circunscripciones electorales internas y alianzas exteriores – como parte de las prácticas del pasado. El nivel de resistencia que suponen estos compromisos dependerá de la “relevancia” de una determinada identidad para el actor. Estados Unidos, por ejemplo, es más probable que se resista más a las amenazas a su identidad como “líder de la cruzada anticomunista” que a las de su identidad como “defensor de los derechos humanos.” Pero casi para cualquier identidad, las prácticas y la información que la desafían pueden crear una disonancia cognitiva e incluso percepciones de amenaza, y éstas pueden causar resistencia a la transformación del yo y también al cambio social.

Tanto por razones “psicológicas” como por razones sistémicas, las expectativas y los acuerdos intersubjetivos pueden tener una característica de autopropagación, creando senderos de dependencia que las nuevas ideas sobre el yo y el otro deben superar. Esto no cambia el hecho de que mediante la práctica, los agentes estén continuamente produciendo y reproduciendo identidades e intereses, continuamente “eligiendo las preferencias que tendrán después”. Pero significa que puede que las elecciones no se perciban como suficientemente libres. Esta podría ser una justificación constructivista para la posición realista que mantiene que el aprendizaje simple es el único posible en los sistemas de autoayuda. Los realistas podrían reconocer que tales sistemas están contruidos socialmente y aun así afirmar que una vez que las correspondientes identidades e intereses han sido institucionalizados, es prácticamente imposible transformarlos.

En lo que queda de artículo, examino tres transformaciones institucionales de identidad y de intereses en materia de seguridad mediante los que los estados podrían escapar al mundo hobbesiano que ellos mismos han creado. Al hacer esto, pretendo

clarificar a lo que me refiero cuando digo que “las instituciones transforman los intereses y las identidades”, enfatizando que la clave de estas transformaciones es una práctica relativamente estable.

3.1. Soberanía, reconocimiento y seguridad

En el estado de naturaleza hobbesiano, los estados están caracterizados por los procesos internos que los constituyen como estados y por su capacidad material para disuadir las amenazas de otros estados. En este mundo, incluso si se está libre momentáneamente de la depredación de los otros, la seguridad del estado no tiene su base en el reconocimiento social – en los acuerdos o norma intersubjetivos que impliquen que el estado tiene derecho a su existencia, su territorio y sus súbditos. La seguridad es cuestión de poder nacional y de nada más.

El principio de soberanía transforma esta situación ofreciendo la base social para la individualidad y la seguridad de los estados. La soberanía es una institución y como tal existe sólo en virtud de ciertos acuerdos y expectativas intersubjetivos; no hay soberanía si no hay otro. Estos acuerdos y expectativas no sólo constituyen un tipo particular de estado – el estado “soberano” – sino que también constituyen una forma particular de comunidad, ya que las identidades son relacionales. La esencia de esta comunidad es un reconocimiento mutuo de los derechos de cada uno a ejercer la autoridad política de forma exclusiva dentro de sus límites territoriales. Estos “permisos” recíprocos conforman un mundo diferenciado espacialmente en lugar de funcionalmente – un mundo en el que los ámbitos de práctica constituyen y están organizados en espacios “internos” e “internacionales”, en lugar de estarlo en torno a la realización de unas actividades determinadas. Por supuesto, el trazado de las fronteras entre estos espacios es discutido a veces, siendo la guerra una de las prácticas mediante las que los estados negocian los términos de su individualidad. Pero esto no cambia el hecho de que sólo en virtud del reconocimiento mutuo los estados tienen “derechos sobre la propiedad territorial”. Este reconocimiento funciona como una forma de “cierre social” que resta importancia a los actores no estatales y refuerza y ayuda a estabilizar la interacción entre estados.

Las normas de soberanía se presuponen de forma tan natural que es fácil pasar por alto el punto hasta el que se dan por supuestas y continúan siendo un artefacto de la práctica. Cuando los estados tasan a “sus” “ciudadanos” y no a otros, cuando “protegen” sus mercados contra “importaciones” extranjeras, cuando matan a cientos de iraquíes en

un tipo de guerra y luego rehúsan “intervenir” para matar a una sola persona en otro tipo (en una guerra “civil”) y cuando luchan una guerra global contra un régimen que busca destruir la institución de la soberanía y luego devuelven Alemania a los alemanes, están actuando según su conocimiento aprendido, consistente en unas normas compartidas sobre lo que significa ser un estado soberano, y por lo tanto reproduciendo estas normas.

Si los estados dejaran de actuar según esas normas, sus identidades como “soberanos” (aunque no necesariamente como “estados”) desaparecerían. El estado soberano es un logro continuo de la práctica, no una creación de normas que existe fuera de la práctica, y se creó de un golpe y para siempre. Así, decir que “la institución de la soberanía transforma las identidades” es la abreviatura para decir que “las prácticas regulares producen la construcción mutua de identidades (agentes) soberanas y sus normas institucionales asociadas (estructuras)”. La práctica es el núcleo de las resoluciones constructivistas del problema del agente y la estructura. Este proceso continuado puede no ser políticamente problemático en unos determinados contextos y, en realidad, una vez que la comunidad de reconocimiento mutuo está constituida, sus miembros – incluso los más desfavorecidos – pueden tener intereses creados en reproducirlo. De hecho, esto forma parte de lo que significa tener una identidad. Pero esta identidad y la institución siguen siendo dependientes de lo que los actores hacen: eliminar estas prácticas eliminará sus condiciones de existencia intersubjetivas.

Esto puede darnos una pista sobre cómo las instituciones de los estados soberanos se reproducen mediante interacción social, pero no nos desvela antes por qué surgiría esta estructura de identidad e interés. Hay dos condiciones que parecerían necesarias para que esto ocurriese: (1) la densidad y la regularidad de la interacción debe ser suficientemente alta y (2) los actores deben estar insatisfechos con las formas anteriormente existentes de identidad y de interacción. Una vez dadas estas condiciones, una norma de reconocimiento mutuo es poco exigente en términos de confianza social ya que un jugador reconocerá la soberanía de los otros mientras los otros reconozcan la suya propia. La articulación de principios legales internacionales tales como los que se recogen en la Paz de Augsburgo (1555) y en la Paz de Westfalia (1648) pueden ayudar a establecer un criterio explícito para determinar las violaciones del consenso social naciente. Pero si ese consenso se mantiene o no, depende de lo que los estados hagan. Si se tratan como si fuesen soberanos, entonces, con el tiempo institucionalizaran esta forma de subjetividad; si no lo hacen así, este modo de actuación no se convertirá en norma.

La práctica de la soberanía transformará los acuerdos de seguridad y la política de poder al menos de tres formas diferentes. La primera, los estados llegarán a definir su (y nuestra) seguridad dependiendo de la conservación de sus "derechos de propiedad" sobre unos territorios determinados. Ahora esto nos parece natural pero, de hecho, la conservación de las fronteras territoriales no es equiparable a la supervivencia del estado o de su población. En realidad, probablemente algunos estados estarían más seguros si renunciases a ciertos territorios – la "Unión Soviética" a algunas repúblicas minoritarias, "Yugoslavia" a Croacia y Eslovenia, Israel a Cisjordania, entre otros. El hecho de que las prácticas de soberanía se hayan orientado históricamente hacia la producción de espacios territoriales diferenciados, afecta a la conceptualización de los estados sobre lo que deben "proteger" para actuar según su identidad, un proceso que puede ayudar a explicar el "endurecimiento" de las fronteras territoriales a lo largo de los siglos.

En segundo lugar, en la medida en que los estados interioricen con éxito las normas de soberanía, serán más o menos respetuosos con los derechos territoriales de los otros. Esta restricción *no* es causada directamente por la evaluación de los costes que supone violar las normas de soberanía - aunque cuando los infractores son castigados (como en la Guerra del Golfo) se recuerda a todo el mundo cuáles pueden ser estos costes - sino que es causada porque parte de lo que significa ser un estado "soberano" es que no se pueden violar los derechos territoriales de los otros sin una "causa justa". Un ejemplo claro de este efecto institucional, expuesto de forma convincente por David Strang, es el tratamiento radicalmente diferente que los estados débiles reciben dentro y fuera de las comunidades de reconocimiento mutuo. ¿Qué es lo que impide a Estados Unidos conquistar las Bahamas, o a Nigeria asaltar Togo o a Australia ocupar Vanuatu? Claramente, no es una cuestión de poder, y en estos casos, incluso el coste de las sanciones sería insignificante. Se puede argumentar que las grandes potencias simplemente no están "interesadas" en estas conquistas, y puede que sea el caso, pero esta falta de interés sólo puede entenderse en términos de reconocimiento de la soberanía de los estados débiles. No tengo interés en explotar a mis amigos, no a causa de los costes o los beneficios relativos de tal acción, sino porque son mis amigos. En cambio, la falta de reconocimiento ayuda a explicar las prácticas de conquista territorial, esclavitud y genocidio contra los pueblos africanos y los nativos americanos llevadas a cabo por estados occidentales. Es en ese mundo en el que sólo importa el poder, no en el mundo de hoy.

Finalmente, según el grado en que la socialización continuada enseñe a los estados que su soberanía depende del reconocimiento de otros estados, se pueden permitir confiar más en el entramado institucional de la sociedad internacional y menos en los medios nacionales individuales – especialmente el poder militar – para proteger su seguridad. El acuerdo intersubjetivo incluido en la institución de la soberanía puede redefinir el significado del poder de los otros para la seguridad del yo. En términos de programa político, esto significa que los estados pueden estar menos preocupados por su supervivencia a corto plazo y por el poder relativo, y así pueden cambiar la asignación de sus recursos en consonancia con la situación. Irónicamente, son las grandes potencias, los estados con mayores medios nacionales, los que más tardan en aprender esta lección; las pequeñas potencias no pueden permitirse el lujo de confiar en los medios nacionales y, por lo tanto, aprenden más deprisa que el reconocimiento colectivo es un punto clave de seguridad.

Pero esto no quiere decir que el poder no sea relevante en una comunidad de estados soberanos. A veces, los estados *son* amenazados por otros que no reconocen su existencia o sus reclamaciones territoriales particulares, o están molestos por las externalidades de sus políticas económicas, entre otras causas. Pero la mayor parte del tiempo, estas amenazas tienen lugar dentro de las reglas del juego de la soberanía. Los destinos de Napoleón y de Hitler muestran lo que ocurre cuando se saltan las reglas.

3.2.La cooperación entre egoístas y las transformaciones de la identidad

Comenzamos esta sección con un estado de naturaleza hobbesiano. La cooperación para la obtención de ganancias conjuntas es extremadamente difícil en este contexto ya que existe falta de confianza, las previsiones temporales se hacen a corto plazo y las preocupaciones por el poder relativo son altas. La vida es “desagradable, brutal y corta.” La soberanía transforma este sistema en un mundo lockiano de derechos de propiedad (en su mayor parte) reconocidos mutuamente y concepciones de seguridad (en su mayor parte) egoístas más que competitivas, y reduce el miedo de que aquello que los estados ya tienen sea asaltado en cualquier momento por colaboradores potenciales, y por lo tanto les permite plantearse formas de cooperación más directa. Una condición necesaria para esta cooperación es que los resultados sean positivamente interdependientes en el sentido de que existan ganancias potenciales que no podrían conseguirse sin la acción unilateral. Los estados como Brasil y Botswana pueden reconocerse mutuamente la soberanía, pero necesitan más incentivos para emprender una acción conjunta. Una fuente importante de incentivos es la creciente “densidad dinámica” de interacción entre

estados en un mundo con nuevas tecnologías de la comunicación, armas nucleares, externalidades del desarrollo industrial, etc. Desgraciadamente, la creciente densidad dinámica no asegura que los estados alcancen ganancias colectivas; la interdependencia también supone vulnerabilidad y el riesgo de ser “el pardillo”, que si es explotado se convertirá en un foco de conflicto en lugar de una fuente de cooperación.

Esta es la razón de ser de la afirmación dominante que asegura que los estados egoístas se encontrarán a menudo haciendo frente al dilema del prisionero; un juego en el que la estrategia dominante, si se juega sólo una vez, equivale a desertar. Sin embargo, tal y como Michael Taylor y Robert Axelrod han puesto en evidencia, dada la reiteración y una posibilidad lo suficientemente grande de futuro, los egoístas que usen la estrategia de reciprocidad pueden escapar a este resultado y construir instituciones cooperativas. La historia que cuentan sobre este proceso parece a primera vista bastante similar al análisis constructivista de George Herbert Mead sobre la interacción, parte de la cual también se realiza en términos de “juego”. La cooperación es un gesto que indica la voluntad de *ego* a cooperar; si *alter* cambia de posición, *ego* hace lo mismo para indicar su rechazo a ser explotado. A lo largo del tiempo y mediante el juego recíproco, cada uno aprende a formarse expectativas relativamente estables sobre el comportamiento de los otros, y mediante éstas se forman hábitos de cooperación o de rechazo. A pesar de mostrar preocupaciones similares respecto a la comunicación, el aprendizaje, y la formación de hábitos existe una diferencia importante entre el análisis que realiza la teoría de juego y el análisis constructivista de la interacción que se centra en cómo conceptualizamos las fuerzas causales de las instituciones.

En el análisis tradicional que la teoría de juegos realiza de la cooperación, incluso de una cooperación reiterada, la estructura del juego – de identidades e intereses – es exógena a la interacción y, como tal, no cambia. Se coloca una “caja negra” alrededor de la identidad y de la formación de intereses, y el análisis pasa a concentrarse en la relación entre expectativas y comportamiento. Las normas que evolucionan a partir de la interacción son tratadas como reglas y regularidades del comportamiento que son externas a los actores y que se resisten al cambio por el coste de transacción de crear unas nuevas. El análisis que la teoría de juego realiza de la cooperación entre egoístas es conductista.

Por el contrario, un análisis constructivista de la cooperación, se concentraría en cómo las expectativas producidas por el comportamiento afectan a las identidades y a los intereses. El proceso de construcción de identidades es un proceso de interiorización

de nuevas interpretaciones del yo y del otro, de adquisición de nuevas identidades, y no sólo de creación de restricciones externas al comportamiento de actores constituidos exógenamente. Incluso si no se pretendía eso, los procesos por los que los egoístas aprenden a cooperar es al mismo tiempo un proceso de reconstrucción de sus intereses planteado en términos de compromisos compartidos hacia las normas sociales. Con el paso del tiempo, esto pasará de ser una interdependencia positiva de los dividendos a ser una interdependencia positiva de las *utilidades* o de intereses colectivos organizados en torno a las normas en cuestión. Estas normas resistirán el cambio porque están ligadas a los compromisos de los actores con sus identidades y sus intereses, no solamente por los costes que acarrearía la transacción. Un análisis constructivista del “problema de la cooperación” es más cognitivo que conductual, ya que se ocupa del conocimiento intersubjetivo que define la estructura de identidades e intereses - del “juego”- como endógenos a la interacción y representativos de la misma.

El debate sobre el futuro de la seguridad colectiva en Europa Occidental puede ilustrar la importancia de esta diferencia. Un análisis racionalista o de un liberal débil asumiría que la “cartera” de intereses de los estados europeos no ha cambiado significativamente y que el surgimiento de nuevos factores, como el colapso de la amenaza soviética y el ascenso de Alemania, alterará sus ratios de coste-beneficio para la consecución de los acuerdos actuales, y esto sería la causa de la crisis de las instituciones actuales. Los estados europeos formaron instituciones colaboradoras por buenas razones egoístas constituidas exógenamente, y las mismas razones pueden llevarlos a rechazar estas instituciones; el juego de la política de poder en Europa no ha cambiado. Un análisis constructivista o liberal duro de este problema sugeriría que cuatro décadas de cooperación pueden haber transformado una interdependencia positiva de los resultados en una “identidad europea” colectiva según la cual los estados definen de forma creciente sus “propios” intereses. Incluso si el punto de arranque fueron razones egoístas, el proceso de cooperación tiende a redefinir estas razones reconstruyendo las identidades y los intereses en función de los nuevos acuerdos y compromisos intersubjetivos. Los cambios en la distribución del poder durante el final del siglo XX son, sin duda alguna, un desafío a estos nuevos acuerdos, pero no es como si los estados europeos tuvieran un interés inherente, de procedencia exógena, en abandonar la seguridad colectiva si el precio es idóneo. Sus identidades y sus intereses en materia de seguridad están en continuo proceso, y si las identidades colectivas llegan a “empotrarse”, serán tan resistentes al cambio como las egoístas. En otras palabras,

mediante la participación en nuevas formas de conocimiento social, puede que los estados europeos de 1990 ya no sean los estados de 1950.

3.3. Teoría crítica de la estrategia de la seguridad colectiva

La transformación de la identidad y de los intereses mediante una “evolución de la cooperación” se enfrenta a dos límites importantes. El primero es que el proceso es aditivo y lento. Los objetivos de los actores en estos procesos suelen ser conseguir ganancias conjuntas dentro de un contexto relativamente estable y, por lo tanto, es poco probable que se adentren en reflexiones substanciales sobre cómo modificar los parámetros de ese contexto (incluyendo la estructura de identidades y de intereses) y también es poco probable que se persigan políticas diseñadas específicamente para generar esos cambios. Mientras se coopera se pueden cambiar estos parámetros, pero esto sucede como consecuencia inesperada de unas políticas implementadas por otras razones y no es el resultado de esfuerzos internacionales para superar las instituciones existentes.

El segundo límite, y el más importante, es que la historia de la evolución de la cooperación presupone que los actores no se identifican entre ellos de forma negativa. Los actores deben preocuparse principalmente de las ganancias absolutas; dependiendo de la medida en que la antipatía y la desconfianza les llevan a definir su seguridad en términos relativistas, en esa misma medida será duro aceptar la vulnerabilidad que lleva a la cooperación. Esto es importante porque es precisamente este “equilibrio central” en el sistema de estados el que parece sufrir a menudo con este pensamiento competitivo y por consiguiente, los realistas pueden afirmar que la posibilidad de cooperación dentro de uno de los “polos” (Occidente, por ejemplo) es parasitaria de la competición predominante entre los dos polos (el conflicto Este-Oeste). Las relaciones entre los polos opuestos pueden conducir a alguna reciprocidad positiva en temas como el control de armamento, pero el ambiente de desconfianza deja poco sitio para esta cooperación y sus consecuencias transformadoras. Las condiciones de identificación negativa que hacen más necesaria una “evolución de la cooperación”, funcionan contra esta lógica.

Esta situación, aparentemente sin solución, puede conducir a una lógica de transformación bastante diferente, a una lógica consciente del esfuerzo necesario para el cambio de las estructuras de identidad y de intereses, en lugar de a una lógica de consecuencias inesperadas. Este voluntarismo puede parecer contradictorio con el espíritu del constructivismo, ya que los supuestos *revolucionarios* son aparentemente

efectos de la socialización en las estructuras de identidad y de intereses. ¿Cómo es posible que piensen en cambiar aquello que se debe a su identidad? La posibilidad radica en la distinción entre la determinación social del yo y la determinación personal de la elección, entre lo que Mead llamó el “me” y el “yo”. El “me” es esa parte de la subjetividad que es definida en función de los otros; el carácter y expectativas conductuales del papel identitario de una persona como “profesor” o de Estados Unidos como “líderes de la alianza,” por ejemplo, se construyen socialmente. Pero los papeles no se representan de forma mecánica según guiones precisos, sino que se “aceptan” y se adaptan según la idiosincrasia de cada actor. Incluso en las situaciones en las que el margen de actuación es menor, la representación del papel implica alguna elección por parte del actor. El “yo” es la parte de la subjetividad donde se sitúa esta apropiación y reacción ante los papeles y su correspondiente libertad existencial.

El hecho de que los papeles se “acepten” significa que, en principio, los actores siempre tienen la capacidad de “planificar el personaje” – para embarcarse en una autorreflexión crítica y en opciones diseñadas para ocasionar cambios en sus vidas. ¿Pero cuándo y en qué condiciones se puede poner en práctica esta capacidad creativa? Obviamente, la mayor parte del tiempo no es posible: si los actores estuviesen constantemente reinventando sus identidades, el orden social sería imposible y la relativa estabilidad de las identidades y de los intereses en el mundo real es un indicativo de nuestra inclinación natural hacia las acciones habituales más que hacia las creativas. La elección excepcional y consciente de transformar o de superar papeles necesita, al menos, dos precondiciones. Primera, tiene que haber una razón para pensar sobre uno mismo en nuevos términos; segunda, los costes esperados del cambio de papel internacional – las sanciones impuestas por aquellos con los que se interactuó con papeles anteriores – no pueden ser mayores que las recompensas.

Cuando se dan estas condiciones, los actores pueden emprender la autorreflexión y la práctica diseñada específicamente para transformar sus identidades y sus intereses y, así “cambiar los juegos” en los que estaban implicados. Esta práctica y teoría estratégica “crítica” no ha recibido la atención que merece por parte de los estudiosos de la política mundial (quizás otro legado de los intereses dados exógenamente), teniendo en cuenta que uno de los fenómenos más importantes del mundo político contemporáneo, la política de “Nueva Manera de Pensar” de Mijail Gorbachov, se corresponde con ella. Por lo tanto, me voy a permitir usar esta política como ejemplo de cómo los estados pueden transformar un sistema de seguridad

competitiva en uno de seguridad cooperativa, dividiendo este proceso de transformación en cuatro etapas.

La primera etapa de la transformación internacional es la crisis del consenso sobre los compromisos identitarios. En el caso soviético, los compromisos identitarios se centraban en la teoría leninista sobre el imperialismo, que afirma que las relaciones entre estados capitalistas y socialistas son conflictivas en sí mismas, y en las alianzas que esta creencia generaba. En los años ochenta, el consenso dentro de la Unión Soviética se rompió por varias razones entre las que destacan lo que parece haber sido la incapacidad del estado en seguir el desafío económico-tecnológico y militar de Occidente, la pérdida de legitimidad interna del gobierno y la promesa de Occidente de no invadir la Unión Soviética, una promesa que redujo los costes externos del cambio de papel. Estos factores allanaron el camino a una transición radical de liderazgo y a la consiguiente “descongelación de los esquemas de conflicto” en lo que se refiere a las relaciones con Occidente.

La ruptura del consenso posibilita la segunda etapa consistente en el examen crítico de viejas ideas sobre el yo y el otro y, por extensión, de las estructuras de interacción en las que se basaban estas ideas. En periodos de relativa estabilidad de papeles identitarios, puede que las ideas y las estructuras se reifiquen y, por lo tanto, que sean tratadas como cosas que existen independientemente de la acción social. Si es así, esta segunda etapa es una etapa de desnaturalización, de identificación de las prácticas que reproducen ideas aparentemente inevitables sobre el yo y el otro; en ese sentido, es una forma de teoría “crítica” más que una teoría que ofrezca “soluciones”. El resultado de esta crítica debería ser la identificación de “posibles yoes” nuevos y nuevas aspiraciones. La “Nueva Manera de Pensar” encarna esta teorización crítica. Gorbachov quiere liberar a la Unión Soviética de la lógica social coercitiva de la guerra fría y emprender junto a Occidente una cooperación de largo alcance. Con este propósito, rechaza la creencia leninista sobre el conflicto de intereses inherente a la relación entre estados socialistas y capitalistas y, lo que quizás sea más importante, reconoce el papel crucial que las prácticas agresivas soviéticas jugaron en este conflicto.

Este replanteamiento facilita el comienzo de una tercera etapa con prácticas nuevas. En la mayoría de los casos, no basta con replantearse las ideas sobre el yo y el otro, ya que las identidades antiguas han sido sostenidas por sistemas de interacción con *otros* actores, cuyas prácticas continúan siendo un hecho social para el agente transformador. Por eso, a menudo, para poder cambiar el yo es necesario cambiar las

identidades y los intereses de los otros que ayudan a mantener esos sistemas de interacción. El medio para inducir este cambio es la propia práctica, y, en concreto, la práctica del "altercasting" – una técnica de control entre actores en la que *ego* utiliza técnicas de autopresentación y de control del escenario intentando encuadrar las definiciones de *alter* de las situaciones sociales, de tal modo que va creando el papel que *ego* desea que *alter* represente. De hecho, con esta práctica, *ego* intenta inducir a *alter* a adoptar una nueva identidad (y por lo tanto, a unir a *alter* al esfuerzo de *ego* por cambiarse a sí mismo) tratando a *alter* como si ya tuviese esa identidad. La lógica que se deduce de esto sigue la teoría del espejo de la formación de identidades, en la que la identidad de *alter* es un reflejo de las prácticas de *ego*; si se cambian estas prácticas, *ego* comienza a cambiar la concepción de sí mismo que tiene *alter*.

Lo que estas prácticas deberían ser depende de la lógica en la que se basen las identidades preexistentes. Los sistemas de seguridad competitivos se basan en prácticas que crean inseguridad y desconfianza. En este caso, las prácticas transformadoras deberían intentar enseñar a los otros estados que el propio estado merece confianza y que no debe identificarse como una amenaza para su seguridad. La forma más rápida de conseguirlo es llevando a cabo iniciativas unilaterales y autoimponiéndose compromisos de tal magnitud que el otro estado "no pueda rechazar la oferta". Gorbachov ha tratado de hacer esto, por ejemplo, retirándose de Afganistán y de Europa del Este, implementando cortes asimétricos en las fuerzas nucleares y convencionales, y apostando por la "defensa defensiva". Además, ha sido muy hábil adjudicando a Occidente la obligación moral de ayudar a la Unión Soviética, enfatizando el destino común de la Unión Soviética y Occidente e indicando que la posibilidad de seguir avanzando en las relaciones Este-Oeste está ligada a la asunción por parte de Occidente de la identidad que se le estaba proyectando. Estas acciones son dimensiones del *altercasting*, cuya intención es hacer desaparecer cualquier "excusa" occidental para desconfiar de la Unión Soviética; lo que, según Gorbachov, ha ayudado a mantener identidades competitivas en el pasado.

Aun así, estas prácticas por sí solas no pueden transformar un sistema de seguridad competitivo ya que si no son correspondidas por *alter*, haría que *ego* se sintiese como un "imbécil" y desistiera de tales prácticas. Para que la práctica estratégica crítica pueda transformar las identidades competitivas, debe ser "recompensada" por *alter* que así, animará a *ego* a emprender nuevas prácticas. Con el paso del tiempo, se institucionalizará una identificación positiva en lugar de una negativa entre la seguridad del yo y la seguridad del otro, y así se proporcionarán unas bases

intersubjetivas firmes para lo que inicialmente era un intento de compromiso con una nueva identidad y unos nuevos intereses.

A pesar de la retórica actual sobre el final de la guerra fría, los escépticos pueden seguir dudando sobre si Gorbachov (o algún otro líder del futuro) conseguirá construir con éxito las bases intersubjetivas para una nueva identidad soviética (o rusa). Este cambio genera resistencias considerables a nivel interno, burocrático e ideológico-cognitivo tanto en el Este como en el Oeste, entre las que no hay que olvidar la inestabilidad de las fuerzas democráticas en el interior del país. Pero si mi afirmación sobre el papel del conocimiento intersubjetivo en la creación de estructuras de identidad y de intereses competitivas es correcta, entonces, la “Nueva Manera de Pensar” muestra una mayor adhesión – consciente o no – a la profunda estructura de la política de poder, de lo que es usual en la práctica de las relaciones internacionales.

Conclusión

Todas las teorías de relaciones internacionales se basan en teorías sociales de relaciones entre agentes, procesos y estructuras sociales. Las teorías sociales no determinan el contenido de nuestra teoría internacional, pero estructuran las preguntas que nos hacemos sobre la política mundial y nuestros enfoques en las respuestas a esas cuestiones. El principal asunto que se cuestiona en los debates sobre teoría social es el tipo de fundamento que puede ofrecer el conjunto de preguntas y las estrategias de investigación más provechosas para poder explicar los cambios revolucionarios que parecen estar ocurriendo en el sistema internacional desde finales del siglo XX. En pocas palabras, ¿cómo deberían ser las teorías de relaciones internacionales? ¿Cómo deberían conceptualizar la relación entre estructura y proceso? ¿Deberían basarse exclusivamente en analogías “microeconómicas” en las que las identidades y los intereses vienen dados exógenamente por la estructura y el proceso se reduce a interacciones dentro de estos parámetros? O ¿deberían también basarse en analogías “sociológicas” y “de psicología social” en las que las identidades y los intereses y por lo tanto el significado de la estructura es endógeno al proceso? ¿La base para las teorías sistémicas de la política mundial debería ser el individualismo-conductual o el constructivismo-cognitivo?

A pesar de este artículo, esta pregunta es, en última instancia, una pregunta empírica en dos sentidos. Primero, su respuesta depende en parte del grado de importancia que tenga la interacción entre estados para la constitución de sus identidades e intereses. Por un lado, puede que los factores genéticos o internos, que yo

he dejado entre paréntesis de forma sistemática, sean de hecho mucho más importantes para la determinación de la identidad y de los intereses de los estados de lo que son en realidad los factores sistémicos. En la medida en la que esto es verdad, el individualismo del enfoque racionalista y el privilegio de la estructura sobre el proceso que supone este enfoque, se convierten en más apropiados sustantivamente para la teoría sistémica (si no para las teorías de la primera y la segunda imagen), ya que las identidades y los intereses son *de hecho* ampliamente exógenos a la interacción entre los estados. Pero por otro lado, si los factores que estaban entre paréntesis son relativamente poco importantes o si la importancia del sistema internacional varía históricamente (quizás con el nivel de densidad dinámica y de interdependencia en el sistema), entonces este marco de trabajo no sería apropiado como fundamento exclusivo para una teoría sistémica general.

Segundo, la respuesta a la pregunta sobre cómo deberían ser las teorías sistémicas también depende de la facilidad con la que las identidades y los intereses de los estados puedan cambiar como consecuencia de la interacción sistémica. Incluso si la interacción es inicialmente importante a la hora de construir las identidades y los intereses, una vez institucionalizados, su lógica puede dificultar extremadamente la transformación. Si el significado de la estructura para la acción estatal cambia tan despacio que se convierte *de facto* en un parámetro dentro del cual tienen lugar los procesos, entonces puede que sea apropiado adoptar de nuevo la suposición racionalista que afirma que las identidades y los intereses vienen dados (aunque, esto puede que cambie históricamente).

Sin embargo, no podemos ocuparnos de estas cuestiones empíricas, al menos no hasta que tengamos un marco de trabajo para la investigación sistémica que haga de la identidad y de los intereses estatales un tema tanto para la investigación empírica como teórica. Me gustaría hacer hincapié en que esto no significa que *nunca* debemos tratar las identidades o los intereses como dados. El encuadre de los problemas y de las estrategias de investigación debería hacerse según las preguntas, en lugar de depender del método, y si no se está interesado en la formación de la identidad o de los intereses, puede darse el caso de que encontremos las afirmaciones del discurso racionalista perfectamente razonables. En otras palabras, no hay nada en este artículo que deba ser tomado como un ataque *per se* al racionalismo. Del mismo modo que tampoco deberíamos dejar que esta postura analítica se convirtiera en una postura ontológica *de facto* con respecto al contenido de la teoría de la tercera imagen; no, por lo menos, hasta después de haber determinado que la interacción sistémica no tiene un papel

importante en los procesos de formación de la identidad y de los intereses de los estados. No deberíamos elegir nuestras antropologías sociales o nuestras teorías sociales de forma prematura. Al afirmar que no podemos inferir una estructura de identidad y de intereses de autoayuda únicamente partiendo del principio de anarquía—argumentando que la anarquía es lo que los estados hacen de ella—este artículo desafía una de las justificaciones más usadas para ignorar los procesos de formación de identidad y de intereses en la política mundial. Y por ello, ayuda a crear el escenario para la investigación de los temas empíricos señalados, así como para el debate sobre si son las suposiciones comunitarias o individualistas las que crean un mejor fundamento para la teoría sistémica.

He tratado de esbozar en qué debería consistir esta agenda de investigación con un ejemplo sin elaborar. Su objetivo debería ser valorar la relación causal entre la práctica y la interacción (como una variable independiente) y las estructuras cognitivas en el nivel de estados individuales y de los sistemas de estados que constituyen identidades e intereses (como variable dependiente) – es decir, la relación entre lo que los estados *hacen* y lo que *son*. Puede que tengamos alguna noción a priori sobre la idea de que los actores estatales y las estructuras sistémicas son “mutuamente constitutivas”, pero esto nos dice poco si no tenemos conocimiento de cómo se forman los mecanismos de la interacción diádica, tríadica y entre n-actores y cómo a su vez son formadas por las “reservas de conocimiento” que colectivamente constituyen las identidades y los intereses y, más ampliamente, conforman las estructuras de la vida internacional. En este sentido, es particularmente importante el papel de la práctica en dar forma a actitudes que conciben las estructuras como algo dado. ¿Cómo y por qué los actores reifican las estructuras sociales, y bajo qué condiciones desnaturalizan estas reificaciones?

El estatocentrismo de esta agenda puede sorprender a algunos, sobre todo a los posmodernos, por resultar “deprimentemente familiar”. La relevancia de los estados con respecto a las corporaciones multinacionales, los nuevos movimientos sociales y las organizaciones intergubernamentales está en claro declive, y las formas “posmodernas” de política mundial merecen más atención y ser investigadas más profundamente de lo que lo han sido hasta ahora. Pero también creo, al igual que los realistas, que a medio plazo los estados soberanos continuarán siendo los actores políticos dominantes en el sistema. Cualquier transición hacia nuevas estructuras de autoridad y de identidad política global – hacia una política “posinternacional” – estará controlada y verá marcado su camino por la resolución institucional concreta de la tensión entre unidad y

diversidad, o particularismo y universalidad, que supone el estado soberano. En este mundo debería continuar habiendo espacio para teorías sobre la política interestatal anárquica, junto con otras formas de teoría internacional; hasta ese punto soy estatista y realista. Sin embargo, en este artículo he afirmado que el estatismo no necesita limitarse a las ideas realistas sobre lo que el "estado" debe significar. Las identidades y los intereses estatales pueden transformarse colectivamente dentro de un contexto anárquico por muchos factores – individuales, internos, sistémicos o transnacionales – y, por ello, son una variable dependiente importante. Esta reconstrucción de la teoría internacional estatocéntrica es necesaria si se quiere teorizar adecuadamente sobre las formas nascentes de identidad política transnacional que los estados ayudarán a crear. En ese punto, espero que el estatismo, como el estado, pueda ser progresivo históricamente.

He afirmado que los defensores de la línea dura del liberalismo y los constructivistas pueden y deben aunar esfuerzos para contribuir a una teoría internacional orientada a los procesos. Cada uno de estos grupos tiene debilidades características que se ven complementadas por los puntos fuertes de los otros. En parte, los neoliberales han sido incapaces de traducir su trabajo sobre la construcción de instituciones y el aprendizaje complejo en una teoría sistémica que escape a la prioridad explicativa de la preocupación realista con la estructura por su decisión de adoptar el enfoque de la teoría de la elección en su construcción teórica. En otras palabras, su debilidad es una persistente indisposición para trascender, a nivel de teoría sistémica, la afirmación individualista que asegura que las identidades y los intereses vienen dados exógenamente. Los constructivistas aportan a esta falta de resolución una ontología comunitaria sistemática en la que el conocimiento da forma a las identidades y a los intereses. Por su parte, los constructivistas han dedicado demasiado esfuerzo a cuestiones sobre ontología y constitución, aunque no el suficiente en lo que respecta a cuestiones causales y empíricas sobre cómo las identidades y los intereses se producen mediante la práctica en condiciones anárquicas. En consecuencia, no han tenido en cuenta la perspectiva neoliberal sobre conocimiento y cognición social.

El intento de usar un discurso interaccionista estructuralista-simbólico para unir estas dos líneas de investigación que no apoyan este discurso, probablemente no resultará satisfactorio para ninguna de ellas. Pero, en parte, esto se debe a que los dos "lados" se han quedado estancados en diferencias sobre el estatus epistemológico de las ciencias sociales. El estado de las ciencias sociales y, en particular, de las relaciones internacionales, es tal que las prescripciones y conclusiones epistemológicas son, como

poco, prematuras. Cuestiones diferentes requieren parámetros de deducción diferentes; por ello, rechazar ciertas cuestiones simplemente porque sus respuestas no pueden adaptarse a los parámetros de la física clásica, es caer en la trampa de la ciencia social basada en el método en lugar de basarla en las preguntas. Sin embargo, el abandono de las restricciones artificiales de las concepciones de investigación lógicas positivistas no implica abandonar la "Ciencia". A parte de esto, no hay ninguna razón para dar mucha más importancia a la epistemología. Ni el positivismo, ni el realismo científico, ni tampoco el posestructuralismo nos dicen nada sobre la estructura y la dinámica de la vida internacional. Las filosofías sobre ciencia no son teorías de relaciones internacionales. Las buenas noticias son que los liberales de línea dura y los constructivistas modernos y posmodernos se están haciendo preguntas similares sobre la sustancia de las relaciones internacionales, y esto separa a ambos grupos de la alianza neorrealista-racionalista. Los liberales de línea dura y los constructivistas tienen mucho que aprender unos de otros si pretenden ver a través de la niebla y del calor de la epistemología.

* **Alexander Wendt** fue profesor de la Universidad de Yale (1989-1997) y del Dartmouth College (1997-1999). Es autor de numerosos artículos sobre teoría de Relaciones Internacionales, y del libro *Social Theory of International Politics* (Cambridge University Press, 1999). En la actualidad, es miembro del Dpto. de Ciencia Política de la Universidad del Estado de Ohio.

Fuente: *International Organization*, Vol.46, nº2 (primavera, 1992), 391-425.

Artículo traducido por **MAYRA MORO**.

Notas

Este artículo es fruto de las aportaciones y revisiones de muchas personas. Si mis notas están completas (y pido disculpas si no lo están), tengo que dar gracias particularmente a John Aldrich, Mike Barnett, Lea Brillmayer, David Campbell, Jim Caporaso, Simon Dalby, David Dessler, Bud Duvall, Jean Elshtain, Karyn Ertel, Lloyd Etheridge, Ernst Haas, Martin Hollis, Naeem Inayatullah, Stewart Johnson, Frank Klink, Steve Krasner, Friedrich Kratochwill, David Lumsdaine, M. J. Peterson, Spike Peterson, Thomas Risse-Kappen, John Ruggie,

Bruce Russett, Jim Scott, Rogers Smith, David Sylvan, Jan Thomson, Mark Warren y Jutta Weldes. El artículo también ha sido presentado y, por lo tanto, comentado y revisado en la Universidad Americana, la Universidad de Chicago, la Universidad de Massachusetts en Amherst, la Universidad de Sicacusa, la Universidad de Washington en Seattle, la Universidad de California en Los Ángeles y en la Universidad de Yale.

1.- Véase, por ejemplo, Joseph Grieco, "Anarchy and the Limits of Cooperation: A Realistic Critique of the Newest Liberal Institutionalism" en *International Organization*, 42 (Verano 1988), pp. 485-507; Joseph Nye, "Neorealism and Neoliberalism" en *World Politics*, 40 (Enero 1988), pp. 235-51; Robert Keohane, "Neoliberal Institutionalism : A Perspective on World Politics" en su colección de ensayos titulada *International Institutions and State Power*, Westview Press, Boulder, Colo., 1989, pp. 1-20; John Mearsheimer, "Back to the Future: Instability in Europe After the Cold War" en *International Security*, 13 (Verano 1990), pp. 5-56; junto a éste, véase el siguiente artículo publicado por Mearsheimer, y Emerson Niu y Peter Ordeshook, "Realism Versus Neoliberalism: A Formulation" en *American Journal of Political Science*, 35 (Mayo 1991), pp. 481-511.

2.- Véase Robert Keohane, "International Institutions: Two Approaches" en *International Studies Quarterly*, 32 (Diciembre 1988), pp. 379-96.

3.- Los modelos conductistas y racionalistas del hombre y de las instituciones comparten la herencia intelectual del individualismo materialista de Hobbes, Locke y Bentham. Sobre la relación entre ambos modelos, véase Jonathan Turner, *A Theory of Social Interaction*, Stanford University Press, Stanford, 1988, pp. 24- 31; y George Homans, "Rational Choice Theory and Behavioral Psychology" en Craig Calhoun y otros (eds.), *Structures of Power and Constraint*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 77-89.

4.- Sobre las concepciones neorrealistas del aprendizaje, véase Philip Tetlock, "Learning in U.S. and Soviet Foreign Policy" en George Breslauer y Philip Tetlock (eds.), *Learning in U.S. and Soviet Foreign Policy*, Westview Press, Boulder, Colo., 1991, pp. 24-27. Sobre las diferencias entre el aprendizaje conductista y el cognitivista, véase ibid., pp. 20-61; Joseph Nye, "Nuclear Learning and U.S.- Soviet Security Regimes" en *International Organization*, 41 (Verano 1987), pp. 371-402; y Ernst Haas, *When Knowledge Is Power*, University of California Press, Berkeley, 1990, pp. 17-49.

5.- Véase Stephen Krasner, "Regimes and the Limits of Realism: Regimes as Autonomous Variables" en Stephen Krasner (ed.), *International Regimes*, Cornell University Press, Nueva York, 1983, pp. 355-68.

6.- Véase Nye, "Nuclear Learning and U.S.-Soviet Security Regimes"; Robert Jervis, "Realism, Game Theory, and Cooperation" en *World Politics*, 40 (Abril 1988), pp. 340-44; y Robert Keohane , "International Liberalism Reconsidered" en John Dunn (ed.), *The Economic Limits to Modern Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, p. 183.

7.- Los racionalistas han prestado cierta atención al problema de la formación de preferencias, aunque al hacerlo han ido más allá de lo que yo considero los parámetros característicos del racionalismo. Véase, por ejemplo, Jon Elster, "Sour Grapes: Utilitarianism and the Genesis of Wants" en Amartya Sen y Bernard Williams (eds.), *Utilitarianism and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, pp. 219-38; y Michael Cohen y Robert Axelrod, "Coping with Complexity: The Adaptive Value of Changing Utility" en *American Economic Review*, 74 (Marzo 1984), pp. 30-42.

8. - Friedrich Kratochwil y John Ruggie, "International Organization: A State of the Art on an Art of the State" en *International Organization*, 40 (Otoño1986), pp. 753-75.

9. - Keohane, "International Institutions".

10.- Véase Nicholas Onuf, *World of Our Making*, University of South California Press, Columbia, 1989.

11.- Sobre ciencia, véase Keohane, "International Institutions"; y Robert Keohane, "International Relations Theory: Contributions of a Feminist Standpoint" en *Millennium*, 18 (Verano 1989), pp. 245-53. Sobre disidencia, véase R. B. J. Walker, "History and Structure in the Theory of International Relations" en *Millennium*, 18 (Verano1989), pp. 163-83; y Richard Ashley y R. B. J. Walker, "Reading Dissidence/Writing the Discipline: Crisis and the Question of Sovereignty in International Studies" en *International Studies Quarterly*, 34 (Septiembre 1990), pp. 367-416. Para una excelente valoración crítica sobre estos debates, véase Yosef Lapid, "The Third Debate: On the Prospects of International Theory in a Post-Positivist Era" en *International Studies Quarterly*, 33 (Septiembre 1989), pp. 235-54.

12.- El hecho de que recurra a estos enfoques me sitúa junto a los constructivistas modernistas, aunque también recorro libremente al trabajo de los posmodernistas, especialmente de Richard Ashley y de Rob Walker. Para una defensa de esta práctica y una discusión sobre sus fundamentos epistemológicos, véase mi artículo anterior, "The Agent -Structure Problem in International Relations Theory" en *International Organization* 41 (Verano 1987), pp. 335-70; e Ian Shapiro y Alexander Wendt, "The Difference that Realism Makes: Social Science and the Politics of Consent", próximamente en *Politics and Society*. Entre los constructivistas modernistas, mi argumento está especialmente en deuda con el trabajo publicado por Emanuel Adler, Friedrich Kratochwil y John Ruggie, así como con el artículo inédito de Naeem Inayatullah y David Levine "Politics and Economics in Contemporary International Relations Theory", Universidad de Sicacusa, Nueva York, 1990.

13.- Véase Viktor Gecas, "Rekindling the Sociological Imagination in Social Psychology" en *Journal for the Theory of Social Behavior*, 19 (Marzo 1989), pp. 97-115.

14.- Kenneth Waltz, *Man, the State, and War*, Columbia University Press, Nueva York, 1959, p. 232.

15.- Ibid., pp. 169-70.

16.- Ibid., p. 232. Esta apreciación es realizada por Hidemi Suganami en "Bringing Order to the Causes of War Debates" en *Millennium*, núm. 19, Primavera 1990, p. 34. Ver nota 11.

17.- Kenneth Waltz, *Theory of International Politics*, Addison-Wesley, Boston, 1979. Traducción en español: Kenneth Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1988.

18.- La descripción neorrealista no está exenta de problemas. Para una crítica convincente, véase David Lumsdaine, *Ideals and Interests: The Foreign Aid Regime, 1949-1989*, próximamente en Princeton University Press, Princeton.

19.- Waltz, *Theory of International Politics*, pp. 79-101.

20.- Stephen Walt, *The Origins of Alliances*, Cornell University Press, Nueva York, 1987.

21.- Véase, por ejemplo, Herbert Blumer, "The Methodological Position of Symbolic Interactionism" en su obra *Symbolic Interactionism: Perspective and Method*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1969, p. 2. A lo largo de todo este artículo, entiendo que puede hacerse una analogía entre individuos y estados que es enriquecedora para la teoría. Existen, por lo menos, dos justificaciones para este antropomorfismo. Retóricamente, la analogía es una práctica aceptada en el discurso dominante de Relaciones Internacionales y, dado que este artículo representa una crítica inmanente más que externa, debería seguir esta práctica. Sustancialmente, los estados son colectividades de individuos a través de cuyas prácticas se constituyen unos a otros como "personas" con intereses, miedos, etc. Una teoría completa sobre la formación de la identidad del estado - e intereses - necesitaría, no obstante, recurrir a la capacidad explicativa de la psicología social de grupos y de la teoría organizacional. Esta es la razón por la que mi antropomorfismo es simplemente sugerente.

22.- La frase "distribución del conocimiento" pertenece a Barry Barnes, como aparece en su trabajo *The Nature of Power*, Polity Press, Cambridge, 1988; véase también, Peter Berger y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality*, Anchor Books, Nueva York, 1966. El interés de la academia de Relaciones Internacionales por "las comunidades epistémicas" junto a la comprensión causa -efecto del mundo sostenida por los científicos, expertos y estadistas, es un aspecto importante de la regla de conocimiento en política mundial. Véase, Peter Haas, "Do Regimes Matter? Epistemic Communities and Mediterranean Pollution Control" en *International Organization*, 43 (Verano 1989), pp. 377-404; y Ernst Haas, *When Knowledge Is Power*. Mi aproximación constructivista simplemente añadiría a ésta un énfasis parecido sobre cómo este conocimiento también *constituye* las estructuras y sujetos de la vida social.

23.- Para una excelente explicación breve sobre cómo los significados colectivos constituyen las identidades, véase Peter Berger, "Identity as a Problem in the Sociology of Knowledge" en *European Journal of Sociology*, Vol. 7. núm. 1, 1966, pp. 32-40. Véase también, David Morgan y Michael Schwalbe, "Mind and Self in Society: Linking Social Structure and Social Cognition" en *Social Psychology Quarterly*, 53 (Junio 1990), pp. 148-64. En mi discusión, recurro a los siguientes textos interaccionistas: George Herbert Mead, *Mind, Self, and Society*, University of Chicago Press, Chicago, 1934; Berger y Luckman, *The Social Construction of Reality*; Sheldon Stryker, *Symbolic Interactionism: A Social Structural Version*, Benjamin/Cummings, Menlo Park, Calif., 1980; R. S. Perinbanayagam, *Signifying Acts: Structure and Meaning in Everyday Life*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1985; John Hewitt, *Self and Society: A Symbolic Interactionist Social Psychology*, Allyn & Bacon, Boston, 1988; y Turner, *A Theory of Social Interaction*. A pesar de algunas diferencias, muchos de estos aspectos están tratados por estructuracionistas como Bhaskar y Giddens. Véase, Roy Bhaskar, *The Possibility of Naturalism*, Humanities Press, Atlantic Highlands, N. J., 1979; y Anthony Giddens, *Central Problems in Social Theory*, University of California Press, Berkeley, 1979.

24.- Berger, "Identity as a Problem in the Sociology of Knowledge", p.111.

25.- Aunque normalmente no se define en estos términos, los académicos de política exterior deberían adaptar las concepciones del gobierno nacional a este lenguaje identitario. Véase Kal Holsti, "National Role Conceptions in the Study of Foreign Policy" en *International Studies Quarterly*, 14 (Septiembre 1970), pp. 233-309; y Stephen Walker (ed.), *Role Theory and Foreign Policy Analysis*, Duke University Press, Durham, N. C., 1987. Para realizar el esfuerzo de conseguirlo, véase Stephen Walker, "Symbolic Interactionism and International

Politics: Role Theory's Contribution to International Organization" en C. Shih y Martha Cottam (eds.), *Contending Dramas: a Cognitive Approach to Post-War International Organizational Processes*, próximamente en Praeger, Nueva York.

26.- Acerca de la idea "agenda de intereses", véase Barry Hindess, *Political Choice and Social Structure*, Edward Elgar, Aldershot, U.K., 1989, pp. 2-3. La "definición de la situación" es un concepto central en la teoría del Interaccionismo.

27.- Nelson Foote, "Identification as the Basis for a Theory of Motivation" en *American Sociological Review*, 16 (Febrero 1951), p. 15. Estas versiones tan sociológicas del interés han sido criticadas, con cierta razón, por estar excesivamente socializadas; véase Dennis Wrong, "The Oversocialized Conception of Man in Modern Sociology" en *American Sociological Review*, 26 (Abril 1961), pp. 183-93. Para algunas rectificaciones útiles que se centran en la activación de lo presocial pero que no determinan las necesidades humanas dentro de los contextos sociales, véase Turner, *A Theory of Social Interaction*, pp. 23-69; y Viktor Gecas, "The Self-Concept as a Basis for a Theory of Motivation" en Judith Howard y Peter Callero (eds.), *The Self-Society Dynamic*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 171-87.

28.- En el lenguaje neo- durkheimiano, las instituciones son "representaciones sociales". Véase Serge Moscovici, "The Phenomenon of Social Representations" en Rob Farr y Serge Moscovici (eds.), *Social Representations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, pp. 3-69. Véase también, Barnes, *The Nature of Power*. Es importante decir que éste es un cognitivismo mucho más socializado que el que se encuentra en muchos de los académicos al hablar del papel de las "ideas" en la política mundial, que tienden a tratarlas como mercancías en posesión de los individuos y que intervienen entre la distribución de poder y los resultados. Para una versión del cognitivismo más próxima a la mía, véase Emanuel Adler, "Cognitive Evolution: A Dynamic Approach for the Study of International Relations and Their Progress" en Emanuel Adler y Beverly Crawford (eds.), *Progress in Postwar International Relations*, Columbia University Press, Nueva York, 1991, pp. 43-88.

29.- Berger y Luckmann, *The Social Construction of Reality*, p. 58.

30.- Véase Giddens, *Central Problems in Social Theory*; y Alexander Wendt y Raymond Duvall, "Institutions and International Order" en Ernst-Ott Czempel y James Rosenau (eds.), *Global Changes and Theoretical Challenges*, Lexington Books, Lexington, Mass., 1989, pp. 51-74.

31.- Los autores de la teoría de la elección podrían identificarlo en términos de "utilidades interdependientes". Para una revisión de los discursos relevantes de la teoría de la elección, muchos de los cuales se centran en el caso específico del altruismo, véase Harold Hochman y Shmuel Nitzan, "Concepts of Extended Preference" en *Journal of Economic Behavior and Organization*, 6 (Junio 1985), pp. 161-76. Generalmente, la literatura sobre la teoría de la elección no relaciona el comportamiento con las cuestiones de identidad. Como excepción, véase Amartya Sen, "Goals, Commitment, and Identity" en *Journal of Law, Economics, and Organization*, 1 (Otoño 1985), pp. 341-55; y Robert Higgs, "Identity and Cooperation: A Comment on Sen's Alternative Program" en *Journal of Law, Economics, and Organization*, 3 (Primavera 1987), pp. 140-42.

32.- Los sistemas de seguridad también podrían variar en la medida en que haya una diferenciación funcional o una relación jerárquica entre el patrón y el cliente, ejerciendo el primero un papel hegemónico dentro de su esfera de influencia al definir los intereses de seguridad de sus clientes. Yo no abordo esta dimensión aquí;

para una discusión preliminar, véase Alexander Wendt, "The States System and Global Militarization", Tesis Doctoral, Universidad de Minnesota, Minneapolis, 1989; y Alexander Wendt y Michael Barnett, "The International System and Third World Militarization", obra inédita, 1991.

33.- Esto equivale a una "internacionalización del estado". Para una discusión sobre el tema, véase Raymond Duvall y Alexander Wendt, "The International Capital Regime and the Internationalization of the State", obra inédita, 1987. Véase también R. B. J. Walker, "Sovereignty, Identity and Community: Reflections on the Horizons of Contemporary Political Practice" en R. B. J. Walker y Saul Mendlovitz (eds.), *Contending Sovereignties*, Lynne Rienner, Boulder, Colo., 1990, pp. 159-85.

34.- Sobre el tema de los acuerdos de seguridad cooperativa, véase Charles Kupchan y Clifford Kupchan, "Concerts, Colletive Security, and the Future of Europe" en *International Security*, 16 (Verano 1991), pp. 114-61; y Richard Smoke, "A Theory of Mutual Security" en Richard Smoke y Andrei Kortunov (eds.), *Mutual Security*, St. Martin's Press, Nueva York, 1991, pp. 59-111. Puede ser interesante consultar paralelamente Christopher Jencks, "Varieties of Altruism" en Jane Mansbridge (ed.), *Beyond Self-Interest*, University of Chicago Press, Chicago, 1990, pp. 53-67.

35.- Sobre la función de la identidad colectiva para reducir los problemas de acción colectiva, véase Bruce Fireman y William Gamson, "Utilitarian Logic in the Resource Mobilization Perspective" en Mayer Zald y John McCarthy (eds.), *The Dynamics of Social Movements*, Winthrop, Cambridge, Mass., 1979, pp. 8-44; Robyn Dawes y otros, "Cooperation for the Benefit of Us - Not me , or My Conscience" en Mansbridge, *Beyond Self-Interest*, pp. 97-110; y Craig Calhoun, "The Problem of Identity in Collective Action" en Joan Huber (ed.), *Macro-Micro Linkages in Sociology*, Sage, Beverly Hills, Calif., 1991, pp. 51-75.

36.- Véase Thomas Risse-Kappen, la obra inédita "Are Democratic Alliances Special?", Universidad de Yale, New Haven, Conn., 1991. Esta línea de argumentación podría, con éxito, extenderse a los teorías feministas. Para una revisión útil sobre la naturaleza relacional de las concepciones feministas del yo, véase Paula England y Barbara Stanek Kilbourne, "Feminist Critiques of the Separative Model of Self: Implications for Rational Choice Theory" en *Rationality and Society*, 2 (Abril 1990), pp. 156-71. Sobre las conceptualizaciones feministas del poder, véase Ann Tickner, "Hans Morgenthau's Principles of Political Realism: A Feminist Reformulation" en *Millennium*, 17 (Invierno 1988), pp. 429-40; y Thomas Wartenberg, "The Concept of Power in Feminist Theory" en *Praxis International*, 8 (Octubre 1988), pp. 301-16.

37.- Waltz, *Theory of International Politics*, p. 91.

38.- Véase Waltz, *Man, the State, and War*; y Robert Jervis, "Cooperation Under the Security Dilemma" en *World Politics*, 30 (Enero 1978), pp. 167-214.

39.- Mi argumentación aquí es paralela a la crítica de Rousseau a Hobbes. Para una excelente crítica sobre las apropiaciones de Rousseau que hace el realismo, véase Michael Williams, "Rousseau, Realism and Realpolitik" en *Millennium*, 18 (Verano 1989), pp. 188-204. Williams argumenta que lejos de fijar un punto de partida fundamental en el estado de naturaleza, para Rousseau, la "caza del ciervo" representa una etapa en la caída del hombre. En la p. 190, Williams cita a Rousseau que describe al ser humano previamente a abandonar el estado de naturaleza: "El hombre sólo se conoce a sí mismo; no conoce su propio bienestar para identificarse con o en contra de cualquier otro; ni odia nada ni ama nada; pero limitado a nada más que a su instinto físico, no es nadie, sino un animal". Para otra crítica de Hobbes sobre el estado de naturaleza que se sitúa paralela a

mi visión constructivista de la anarquía, véase Charles Landesman, "Reflections on Hobbes: Anarchy and Human Nature" en Peter Caws (ed.), *The Causes of Quarrel*, Beacon, Boston, 1989, pp. 139-48.

40.- Empíricamente, esta sugerencia es problemática desde que el proceso de descolonización y el subsiguiente apoyo de la sociedad internacional a muchos estados del tercer mundo, apunta a formas en que las que incluso la materia prima de la "estatalidad empírica" está constituida por la sociedad de estados. Véase Robert Jackson y Carl Rosberg, "Why Africa's Weak States Persist: The Empirical and the Juridical in Statehood" en *World Politics*, 35 (Octubre 1982), pp. 1-24.

41.- Waltz, *Theory of International Politics*, pp. 74-77.

42.- Véase James Morrow, "Social Choice and System Structure in World Politics" en *World Politics*, 41 (Octubre 1988), p. 89. Es interesante contrastar el tratamiento conductista que hace Waltz de la socialización con la aproximación más cognitivista adoptada por Ikenberry y los Kupchans en los siguientes artículos: G. John Ikenberry y Charles Kupchan, "Socialization and Hegemonic Power" en *International Organization*, 44 (Verano 1989), pp. 283-316; y Kupchan y Kupchan, "Concerts, Collective Security, and the Future of Europe". Su aproximación está cercana a la mía, pero ellos definen la socialización como una estrategia de la elite que induce al cambio de valores de los otros, más que como un rasgo ubicuo de la interacción en el sentido en que todas las identidades e intereses son producidos y reproducidos.

43.- Para el individualismo, véase Richard Ashley, "The Poverty of Neorealism" en *International Organization*, 38 (Primavera 1984), pp. 225-86; Wendt, "The Agent-Structure Problem in International Relations Theory"; y David Dessler, "What's at Stake in the Agent-Structure Debate?" en *International Organization*, 43 (Verano 1989), pp. 441-74. Para el estructuralismo, véase R. B. J. Walker, "Realism, Change, and International Political Theory" en *International Studies Quarterly*, 31 (Marzo 1987), pp. 65-86; y Martin Hollis y Steve Smith, *Explaining and Understanding International Relations*, Clarendon Press, Oxford, 1989. El evidente conductismo en la teoría neorrealista también explica cómo los neorrealistas pueden reconciliar su estructuralismo con el individualismo de la teoría de la elección racional. Para el carácter conductista-estructural de estos últimos, véase Spiro Latáís, "Situational Determinism in Economics," en *British Journal for the Philosophy of Science*, 23 (Agosto 1972), pp. 207-45.

44 - La importancia de la distinción entre explicaciones constitutivas y causales no está lo suficientemente apreciada en el discurso constructivista. Véase Wendt, "The Agent-Structure Problem in International Relations Theory", pp. 362-65; Wendt, "The States System and Global Militarization", pp. 110-113; y Wendt, "Bridging the Theory /Meta-Theory Gap in International Relations" en *Review of International Studies*, 17 (Octubre 1991), p. 390.

45.- Véase Blumer, "The Methodological Position of Symbolic Interactionism", pp. 2-4.

46.- Véase Robert Grafstein, "Rational Choice: Theory and Institutions" en Kristen Monroe (ed.), *The Economic Approach to Politics*, Harper Collins, Nueva York, 1991, pp. 263-64. Un buen ejemplo sobre la promesa y límites de las aproximaciones de los costes de transacción al análisis institucional lo ofrece Robert Keohane en su *After Hegemony*, Princeton University Press, Princeton, 1984.

47.- Esta situación no es solamente una metáfora en el terreno de la política mundial, ya que a lo largo de la historia los estados se han "descubierto" unos a otros, generando una anarquía instantánea. Sería interesante un estudio empírico sistemático sobre estos primeros encuentros.

48.- El análisis de los gestos de Mead parece definitivo. Véase la obra de Mead *Mind, Self, and Society*. Véase también la discusión sobre el papel de la señalización en el "mecánicas de interacción" en *A Theory of Social Interaction* de Turner, pp. 74-79 y 92-115.

49.- Sobre el papel de los procesos de atribución en la explicación interaccionista de la formación de la identidad, véase Sheldon Stryker y Avi Gottlieb, "Attribution Theory and Symbolic Interactionism" en John Harvey y otros (eds.), *New Directions in Attribution Research*, vol. 3, Lawrence Erlbaum, Hillsdale, N.J., 1981, pp. 425-58; y Kathleen Crittenden, "Sociological Aspects of Attribution" en *Annual Review of Sociology*, vol.9, 1983, pp. 425-46. Sobre los procesos de atribución en relaciones internacionales, véase Shawn Rosenberg y Gary Wolfsfeld, "International Conflict and the Problem of Attribution" en *Journal of Conflict Resolution*, 21 (Marzo 1977), pp. 75-103.

50.- Sobre la "escenotecnia" implicada en "las presentaciones del yo", véase Erving Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life*, Doubleday, Nueva York, 1959. Sobre el papel de la apariencia en las definiciones de la situación, véase Gregory Stone, "Appearance and the Self" en Arnold Rose (ed.), *Human Behavior and Social Processes*, Houghton Mifflin, Boston, pp. 86-118.

51.- Esta discusión sobre el papel de las posibilidades y probabilidades en la amenaza percibida debe mucho a los comentarios de Stewart Johnson a uno de los primeros borradores de mi artículo.

52.- Sobre el papel "tranquilizador" en las situaciones de amenaza, véase Richard Ned Lebow y Janice Gross Stein, "Beyond Deterrence" en *Journal of Social Issues*, vol. 43, núm. 4, 1987, pp. 5-72.

53.- Sobre las "tipificaciones recíprocas", véase Berger y Luckmann, *The Social Construction of Reality*, pp. 54-58.

54.- Jeff Coulter, "Remarks on the Conceptualization of Social Structure" en *Philosophy of the Social Science*, 12 (Marzo 1982), pp. 42-43.

55.- Los siguientes artículos de Noel Kaplowitz han supuesto una importante contribución a este pensamiento en relaciones internacionales: "Psychopolitical Dimensions of International Relations: The Reciprocal Effects of Conflict Strategies" en *International Studies Quarterly*, 28 (Diciembre 1984), pp. 373-406; y "National Self-Images, Perception of Enemies, and Conflict Strategies: Psychopolitical Dimensions of International Relations" en *Political Psychology*, 11 (Marzo 1990), pp. 39-82.

56.- Estos argumentos son habituales en las teorías del narcisismo y del altruismo. Véase, Heinz Kohut, *Self-Psychology and the Humanities*, Norton, Nueva York, 1985; y Martin Hoffman, "Empathy, Its Limitations, and Its Role in a Comprehensive Moral Theory" en William Kurtines y Jacob Gewirtz (eds.), *Morality, Moral Behavior, and Moral Development*, Wiley, Nueva York, 1984, pp. 283-302.

57.- Véase, C. Norman Alexander y Mary Glenn Wiley, "Situated Activity and Identity Formation" en Morris Rosenberg y Ralph Turner (eds.), *Social Psychology: Sociological Perspectives*, Basic Books, Nueva York, 1981, pp. 269-89.

58.- Sheldon Stryker, "The Vitalization of Symbolic Interactionism" en *Social Psychology Quarterly*, 50 (Marzo 1987), p. 93.

59.- Sobre la "madurez" de las anarquías, véase Barry Buzan, *People, States and Fear*, Universidad de North Carolina Press, Chapel Hill, 1983.

60.- Una intuición similar puede esconderse tras los esfuerzos de Ashley de reapropiar el discurso realista clásico para una teoría crítica de relaciones internacionales. Véase, Richard Ashley, "Political Realism and Human Interests" en *International Studies Quarterly*, 38 (Junio 1981), pp. 204-36.

61.- El propio Waltz ha ayudado a abrir este debate al reconocer que los factores sistémicos condicionan, pero no determinan, las acciones del estado. Véase Kenneth Waltz, "Reflections on *Theory of International Politics: A Response to My Critics*" en Robert Keohane (ed.), *Neorealism and Its Critics*, Columbia University Press, Nueva York, 1986, pp. 322-45. La creciente literatura sobre el hecho de que "las democracias no se pelean entre ellas" es relevante para esta cuestión, así como otros dos estudios que rompen con la teoría "reduccionista" de la identidad del estado: William Bloom, *Personal Identity, National Identity and International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990; y la obra de Lumsdaine *Ideals and Interests*.

62.- Véase Berger y Lukmann, *The Social Construction of Reality*, p. 89. Véase también, Douglas Maynard y Thomas Wilson, "On the Reification of Social Structure" en Scott McNall y Gary Howe (eds.), *Current Perspectives in Social Theory*, vol. 1, JAI Press, Greenwich, Conn., 1980, pp. 287-322.

63.- Véase Richard Ashley, "Social Will and International Anarchy" en Hayward Alker y Richard Ashley (eds.), *After Realism*, trabajo en curso, Massachusetts Institute of Technology, Cambridge and Arizona State University, Temple, 1992.

64.- Véase Ralph Turner, "Role-Taking: Process Versus Conformity" en Rose, *Human Behavior and Social Processes*, pp. 20-40; y Judith Howard, "From Changing Selves Toward Changing Society" en Howard y Callero, *The Self-Society Dynamic*, pp. 209-37.

65.- Sobre la relación entre compromiso e identidad, véase Foote, "Identification as the Basis for a Theory of Motivation"; Howard Becker, "Notes on the Concept of Commitment" en *American Journal of Sociology*, 66 (Julio 1960), pp. 32-40; y Stryker, *Symbolic Interactionism*. Sobre el papel de la relevancia, véase este mismo trabajo de Stryker.

66.- Sobre las amenazas a la identidad y los tipos de resistencia que pueden crear, véase Glynis Breakwell, *Coping with Threatened Identities*, Methuen, Londres, 1986; y Terrell Northrup, "The Dynamic of Identity in Personal and Social Conflict" en Louis Kreisberg y otros (eds.), *Intractable Conflicts and Their Transformation*, Syracuse University Press, Siracusa, N.Y., 1989, pp. 55-82. Para una revisión más amplia sobre la resistencia al cambio, véase Timur Kuran, "The Tenacious Past: Theories of Personal and Collective Conservatism" en *Journal of Economic Behavior and Organization*, 10 (Septiembre 1988), pp. 143-71.

67.- James March, "Bounded Rationality, Ambiguity, and the Engineering of Choice" en *Bell Journal of Economics*, 9 (Otoño 1978), p. 600

68.- Haskell Fain, *Normative Politics and the Community of Nations*, Temple University Press, Filadelfia, 1987.

69.- Esta es la base intersubjetiva para el principio de no diferenciación funcional entre estados que abandona la definición de estructura de Waltz al no tener, ésta última, una base intersubjetiva explícita. En la disciplina de Relaciones Internacionales, los posestructuralistas han sido los primeros en destacar la producción social del espacio territorial. Véase, por ejemplo, Richard Ashley, "The Geopolitics of Geopolitical Space: Toward a Critical Social Theory of International Politics" en *Alternatives*, 12 (Octubre 1987), pp. 403-34; y Simon Dalby, *Creating the Second Cold War*, Pinter, Londres, 1990. Pero la idea del espacio como producto y constitutivo de la práctica, es también preeminente en el discurso estructuracionista. Véase, Giddens, *Central Problems in Social Theory*; y Derek Gregory y John Urry (eds.), *Social Relations and Spatial Structures*, Macmillan, Londres, 1985.

70.- Véase John Ruggie, "Continuity and Transformation in the World Polity : Toward a Neorealist Synthesis" en *World Politics*, 35 (Enero 1983), pp. 261-85. En *Mind, Self, and Society*, p. 161, Mead ofrece el siguiente argumento: "Si decimos "esta es mi propiedad, yo la vigilaré", esta afirmación provoca un conjunto de respuestas que debería ser el mismo en cualquier comunidad en la que exista la propiedad. Implica una actitud organizada respecto a la propiedad que es común a todos los miembros de la comunidad. Uno debe tener una actitud firme sobre el control de su propia propiedad, y respeto hacia la propiedad de los demás. Estas actitudes (como conjuntos de respuestas organizadas) deben existir entre todas las partes; así, cuando uno formula una afirmación como ésta, apela desde su persona a la respuesta de los demás. Son estas respuestas comunes, aquello que hace posible la sociedad".

71.- Para una definición y discusión sobre el "cierre social", véase Raymond Murphy, *Social Closure*, Clarendon Press, Oxford, 1988.

72.- Véase Richard Ashley, "Untying the Sovereign State: A Double Reading of the Anarchy Problematique" en *Millennium*, 17 (Verano 1988), pp. 227-62. Aquéllos con sensibilidades más modernistas, encontrarán una visión de las instituciones igualmente centrada en la práctica en los comentarios de Blummer en la p. 19 de "The Methodological Position of Symbolic Interactionism": "Una aceptación gratuita sobre los conceptos de normas, valores, reglas sociales y otros similares, no debería cegar a los científicos sociales ante el hecho de que cualquiera de ellos está apoyado por un proceso de interacción social - un proceso que es necesario no sólo para su cambio, sino también para retenerlos en una forma fija. Es el proceso social de la vida en grupo lo que crea y mantiene las reglas, y no las reglas las que crean y mantienen la vida en grupo.

73.- Véase, por ejemplo, Mohammed Ayood, "The Third World in the System of States: Acute Schizophrenia or Growing Pains?" en *International Studies Quarterly*, 33 (Marzo 1989), pp. 67-80.

74.- Véase William Coplin, "International Law and Assumptions About the State System" en *World Politics*, 17 (Julio 1965), pp. 615-34.

75.- Véase Anthony Smith, "States and Homelands: The Social and Geopolitical Implications of National Territory" en *Millennium*, 10 (Otoño 1981), pp. 187-202.

76.- Esto implica asumir que no existen otros principios, competitivos, que organicen el espacio político y la identidad en el sistema internacional, y que coexistan con nociones tradicionales de soberanía; de hecho, por supuesto, existen. Sobre "esferas de influencia" e "imperios informales", véase Jan Triska (ed.), *Dominant Powers and Subordinate States*, Duke University Press, Durham, N.C., 1986; y Ronald Robinson, "The Excentric Idea of Imperialism, With or Without Empire" en Wolfgang Mommsen y Jürgen Osterhammel (eds.), *Imperialism and After: Continuities and Discontinuities*, Allen & Unwin, Londres, 1986, pp. 267-89. Sobre concepciones árabes de la soberanía, véase Michael Barnett, "Sovereignty, Institutions, and Identity: From Pan-Arabism to the Arab State System", manuscrito inédito, University of Wisconsin, Madison, 1991.

77.- David Strang, "Anomaly and Commonplace in European Expansion: Realist and Institutional Accounts" en *International Organization*, 45 (Primavera 1991), pp. 143-62.

78.- Sobre la "densidad dinámica", véase Ruggie, "Continuity and Transformation in the World Polity"; y Waltz, "Reflections on *Theory of International Politics*". El papel de la interdependencia a la hora de condicionar la velocidad y profundidad del aprendizaje es mucho mejor de la que le he prestado. Sobre las consecuencias de la interdependencia bajo la anarquía, véase Helen Milner, "The Assumption of Anarchy in International Relations Theory: A Critique" en *Review of International Studies*, 17 (Enero 1991), pp. 67-85.

79.- Véase Michael Taylor, *Anarchy and Cooperation*, Wiley, Nueva York, 1976; y Robert Axelrod, *The Evolution of Cooperation*, Basic Books, Nueva York, 1984.

80.- Mead, *Mind, Self, and Society*.

81.- Estrictamente hablando, esto no es cierto, ya que en los juegos reiterados la suma de beneficios futuros a los habituales cambia la estructura resultante del juego en T1; en este caso, del dilema del prisionero al juego de garantías. Esta transformación de los intereses tiene lugar, en su totalidad, dentro del actor; sin embargo, como tal, no es una función de la interacción con el otro.

82.- Para ser justos con Axelrod, él destaca que la internalización de las normas es una posibilidad real que puede aumentar la resistencia de las instituciones. Mi posición es que esta importante idea no puede derivarse de una aproximación a la teoría que toma las identidades y los intereses como dados exógenamente.

83.- Sobre la "identidad europea", véase Barry Buzan y otros (eds.), *The European Security Order Recast*, Pinter, Londres, 1990, pp. 45-63.

84.- Sobre el "empotramiento", véase John Ruggie, "International Regimes, Transactions, and Change: Embedded Liberalism in a Postwar Economic Order" en Krasner, *International Regimes*, pp. 195-232.

85.- Véase Grieco, "Anarchy and the Limits of Cooperation".

86.- Sobre las dificultades para crear regímenes de seguridad cooperativos, con intereses competitivos dados, véase Robert Jervis, "Security Regimes" en Krasner, *International Regimes*, pp. 173-94; y Charles Lipson, "International Cooperation in Economic and Security Affairs" en *World Politics*, 37 (Octubre 1984), pp. 1-23.

87.- Véase Mead, *Mind, Self and Society*. Para una discusión sobre esta distinción y sus implicaciones para aspectos de creatividad en el sistema social, véase George Cronk, *The Philosophical Anthropology of George*

Herbert Mead, Peter Lang, Nueva York, 1987, pp. 36-40; y Howard , "From Changing Selves Toward Changing Society".

88.- Turner, "Role-Taking".

89.- Sobre la "planificación del personaje", véase Jon Elster, *Sour Grapes: Studies in the Subversion of Rationality*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, p. 117. Para otras visiones sobre el problema del cambio autoiniciado, véase Harry Frankfurt, "Freedom of the Will and the Concept of a Person" en *Journal of Philosophy*, 68 (Enero 1971), pp. 5-20; Amartya Sen, "Rational Fools: A Critic of the Behavioral Foundations of Economic Theory" en *Philosophy and Public Affairs*, 6 (Verano 1977), pp. 317-44; y Thomas Schelling, "The Intimate Contest for Self-Command" en *The Public Interests*, (Verano 1980), pp. 94-118.

90.- Para una revisión sobre la "Nueva Manera de Pensar", véase Mikhail Gorbachev, *Perestroika: New Thinking for Our Country and the World*, Harper & Row, Nueva York, 1987; Vendulka Kubalkova y Albert Cruickshank, *Thinking New About Soviet "New Thinking"*, Institute of International Studies, Berkeley, 1989; y Allen Lynch, *Gorbachev's International Outlook: Intellectual Origins and Political Consequences*, Institute for East-West Security Studies, Nueva York, 1989. No está claro hasta qué punto la "Nueva Manera de Pensar" es una política consciente, en oposición a una política *ad hoc*. El intenso debate teórico y político dentro de la Unión Soviética sobre la "Nueva Manera de Pensar" y la idea frecuentemente defendida de retirar la excusa occidental como causa del temor a la Unión Soviética sugieren lo anterior. No obstante, yo mantendré mi agnosticismo al respecto y, simplemente, entiendo que puede ser adecuadamente interpretado "como si" fuera tal y como lo describo.

91.- Para una revisión interesante de estos hechos, véase Jack Snyder, "The Gorbachev Revolution: A Waning of Soviet Expansionism?" en *World Politics*, 12 (Invierno 1987-88), pp. 93-121; y Stephen Meyer, "The Sources and Prospects of Gorbachev's New Political Thinking on Security" en *International Security*, 13 (Otoño 1988), pp. 124-63.

92.- Véase Daniel Bar-Tal y otros, "Conflict Termination: An Epistemological Analysis of International Cases" en *Political Psychology*, 10 (Junio 1989), pp. 233-55. Para un ejemplo sin relación con esto pero interesante sobre cómo el cambio de las cogniciones hace posible el cambio organizacional, véase Jean Bartunek, "Changing Interpretive Schemes and Organizational Restructuring: The Example of a Religious Order" en *Administrative Science Quarterly*, 29 (Septiembre 1984), pp. 355-72.

93.- Véase Robert Cox, "Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory" en Keohane, *Neorealism and Its Critics*, pp. 204-55. Véase también Brian Fay, *Critical Social Science*, Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1987.

94.- Hazel Marcus y Paula Nurius, "Possible Selves" en *American Psychologist*, 41 (Septiembre 1986), pp. 954-69.

95.- Véase Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life*; Eugene Weinstein y Paul Deutschberger, "Some Dimensions of Altercasting" en *Sociometry*, 26 (Diciembre 1963), pp. 454-66; y Walter Earle, "International Relations and the Psychology of Control: Alternative Control Strategies and Their Consequences" en *Political Psychology*, 7 (Junio 1986), pp. 369-75.

96.- Véase Volker Boge y Peter Wilke, "Peace Movements and Unilateral Disarmament: Old Concepts in a New Light" en *Arm Control*, 7 (Septiembre 1986), pp. 156-70; Zeev Maoz y Daniel Felsenthal, "Self-Binding Commitments, the Inducement of Trust, Social Choice, and the Theory of International Cooperation" en *International Studies Quarterly*, 13 (Junio 1987), pp. 177-200; y V. Sakamoto, "Unilateral Initiative as an Alternative Strategy" en *World Futures*, vol. 24, nos. 1-4, 1987, pp. 107-34.

97.- Sobre las recompensas, véase Thomas Milburn y Daniel Christie, "Rewarding in International Politics" en *Political Psychology*, 10 (Diciembre 1989), pp. 625-45.

98.- La importancia de la reciprocidad para completar el proceso de transformación estructural hace que la lógica, en este punto, sea similar a la de la "evolución de la cooperación". La diferencia es una de las precondiciones y objetivo: en el primero, el intento de *ego* de redefinirse le permite realizar el intento y cambiar a *alter* "como si" ambos estuviesen jugando a un nuevo juego; en el último, *ego* actúa únicamente sobre la base de unos intereses dados y una experiencia previa, con la transformación surgiendo como una consecuencia involuntaria.

99.- Yale Ferguson y Richard Mansbach, "Between Celebration and Despair: Constructive Suggestions for Future International Theory" en *International Studies Quarterly*, 35 (Diciembre 1991), p. 375.

100.- Para una magnífica discusión sobre esta tensión, véase Walker, "Sovereignty, Identity, Community"; y R. B. J. Walker, "Security, Sovereignty, and the Challenge of World Politics" en *Alternatives*, 15 (Invierno 1990), pp. 3-27. Desde el punto de vista institucional, véase Stephen Krasner, "Sovereignty: An Institutional Perspective" en *Comparative Political Studies*, 21 (Abril 1988), pp. 66-94.